

UN MUNDO «PEQUEÑO», OTRO MUNDO «GRANDE»: EL DISCURSO DE GÉNERO DEL NATIONALSOCIALISMO *

Jesús Casquete

Universidad del País Vasco/EHU

I. INTRODUCCIÓN.—II. PIEZAS DEL ENGRANAJE NACIONAL.—III. EL «PEQUEÑO» MUNDO DE LAS MUJERES: ¿YUGO O BENDICIÓN?—IV. EL MUNDO «GRANDE» DE LOS VARONES: LA POLÍTICA Y EL COMBATE.—V. CONCLUSIÓN.—VI. BIBLIOGRAFÍA.

RESUMEN

El discurso nazi sobre el papel de la mujer desde su emersión como movimiento hasta su colapso como régimen no resulta del todo original, aunque sí su rigidez a la hora de ponerlo en práctica. Una vez que se hizo con el poder, el nacionalsocialismo se convirtió en un claro exponente de aquellas corrientes que se resistían al ánimo emancipador de las mujeres. A partir de 1933 su práctica estuvo presidida por un culto a la maternidad y la domesticidad, ámbitos reservados a las mujeres, así como por una correlativa reserva de la esfera pública para el varón. Cualquier ensayo de establecer vasos comunicantes entre ambas fue estigmatizado como «antinatural».

* Este artículo forma parte de un proyecto de investigación subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (ref. HAR 2011-24387), en el marco de un Grupo de Investigación de la Universidad del País Vasco (ref. GIU 11/21). La Fundación «Alexander von Humboldt» financió una estancia de investigación en el otoño de 2010 en la Universidad «Ludwig Maximilian» de Múnich que sentó los cimientos del trabajo. Agradezco la generosa ayuda allí prestada por Martín Baumeister y por Carlos Collado Seidel, como agradezco asimismo la interlocución de lujo con Martín Alonso y su empeño por mejorar el texto.

Ilustraremos el discurso a partir de fuentes originales de época, sobre todo escritos y discursos de Adolf Hitler y de la *Reichsfrauenführerin*, Gertrud Scholtz-Klink.

Palabras clave: Nationalsocialismo; género; discurso; Hitler; Scholtz-Klink.

ABSTRACT

Nazi discourse on womens' role since its inception as movement until its break down as regime is by no means original. However, its inflexibility makes of it a peculiar case in Western history. Once it took power over, Nationalsocialism became an outstanding case of all these anti-modernist currents opposing the emancipation of women. Starting in 1933 its praxis was addressed to worship maternity and domesticity, the true womens' realm, as well as keeping them away from the public sphere, mens' realm. Any attempt to bridge both spheres, the private and the public, was stigmatized as «antinatural». The argument will rely on original documents of the era, most of all writings and discourses by Adolf Hitler and the *Reichsfrauenführerin*, Gertrud Scholtz-Klink.

Key words: Nationalsocialism; gender; discourse; Hitler; Scholtz-Klink

I. INTRODUCCIÓN

La estricta separación de ámbitos competenciales fundada en un contrato sexual tácito (Pateman, 1995), en virtud del cual la esfera pública sería patrimonio masculino en tanto que la mujer dejaría sentir su impronta en el ámbito doméstico, no es ninguna innovación de los totalitarismos de cariz ultranacionalista que proliferaron en Europa en el periodo de entreguerras. Al abundar en la divisoria, regímenes como el nacionalsocialismo, fascismo o franquismo enlazan con una larga tradición que naturaliza las diferencias de género, cuando menos, desde el mundo clásico griego y, posteriormente y hasta el día de hoy (por restringirnos al contexto occidental), con la narrativa judeo-cristiana de la creación.

Este contrato empieza a ser impugnado en sus cláusulas principales por un discurso ilustrado que se sacude la tradición y, de paso, también un organicismo en el que el individuo solo encuentra sentido en tanto que pieza de un engranaje más complejo del que forma parte con independencia de su voluntad. En su lugar, el nuevo discurso emancipador apela a la razón y a los derechos individuales como claves de bóveda del nuevo orden a conquistar. Este discurso igualitarista solo podía salvaguardar su coherencia lógica abriéndose paulatinamente —y no sin resistencias— a quienes pugnan por

sacudirse las inercias discriminatorias ancestralmente heredadas, de etiología tan dispar como el origen social, la etnia o el género.

La burguesía, el proletariado y las mujeres conformaban otros tantos grupos sociales que pujaron por hacer real el discurso emancipador de la Ilustración. A lo largo de los siglos XIX y XX fueron desapareciendo progresivamente las barreras formales a la participación política y universalizándose de forma progresiva el sufragio activo y pasivo, se empezaron a corregir (en una tarea inacabada e inacabable, y en cualquier caso reversible) los desajustes en los criterios de generación y reparto del producto social derivado de una industrialización desplegada al precio de injusticias enormes y, por cerrar este círculo e ir aterrizando en lo que aquí nos interesa; las mujeres empezaron a adentrarse en ámbitos tradicionalmente acotados a su presencia, como la política, el trabajo remunerado, la educación o la cultura. No se puede ignorar la impronta que ha dejado en estas conquistas la acción colectiva emprendida por los movimientos liberal, obrero y feminista, respectivamente; del éxito de su misión histórica bebemos todavía hoy.

En este trabajo nos centraremos en una respuesta antimodernizadora específica frente al ánimo emancipador de las mujeres, vale decir, a la lucha por su copresencia efectiva en la esfera pública en un horizonte de igualdad efectiva entre géneros. Con tal fin, nos detendremos en el discurso nacionalsocialista sobre mujeres y varones en los tres lustros comprendidos entre 1925 y 1939, es decir, durante sus fases de movimiento y de Tercer Reich hasta el inicio de la II Guerra Mundial. Nos interesa dar cuenta de su visión de género tal y como se desprende de los escritos y discursos de destacados dirigentes nazis con ascendente (influencia) sobre el conjunto del movimiento y con competencia (poder) sobre la materia.

En concreto, alumbraremos con particular intensidad la visión de género de Adolf Hitler, el líder carismático del movimiento y del régimen (Kershaw, 2003, 2010; Wehler, 2009; Herbst, 2010). Partiremos desde la siguiente premisa: que el primer paso para una confrontación crítica del nacionalsocialismo pasa por el análisis y comprensión del pensamiento de su máximo exponente. Son varias las fuentes a las que recurriremos para abundar en su cosmovisión: en primer lugar, a la obra que mejor recoge su pensamiento y programa, *Mein Kampf* [1943 (orig. 1925/1927); Plöckinger, 2006, 2010; Vitkine, 2011; Zehnpfennig, 2000, 2011]; a los discursos pronunciados durante su incansable actividad propagandística entre febrero de 1925, dos meses después de su salida anticipada de la cárcel tras cumplir una pena total de cárcel de 13 meses (de una sentencia de cinco años) por el intento de golpe de estado en la capital bávara en noviembre de 1923, y enero de 1933, cuando los nazis se hicieron con el control del Estado alemán y allanaron el cami-

no a la Segunda Guerra Mundial (Hitler, 1992)(1); en tercer lugar, y porque sentaban doctrina sobre la materia que nos ocupa, serán asimismo objeto de interés los mítines ante las mujeres nazis pronunciados en el marco de los actos del Partido Nacionalsocialista en Núremberg entre 1934 y 1938 (Hitler, 1934; 1935; 1936; 1938)(2), y, por último y de modo complementario, acudiremos a toda una serie de referencias indirectas del Führer sobre la mujer a partir de crónicas de periodistas o testimonios de estrechos colaboradores suyos y figuras prominentes del régimen. Una constante es su desmesurado amor a Alemania con su correlato de odio a todo aquello y aquellos que estigmatizaba como «enemigo». A Hitler le era de aplicación aquello de que «los que aman con exceso, también con exceso odian» (Aristóteles, 1988: 418). Porque, en efecto, un amor mal entendido derivó en un acendrado odio, no ya como medio, sino como fundamento mismo de su cosmovisión y de la del nacionalsocialismo [Mann, 1987 (1933)].

El segundo personaje al que prestaremos atención es Gertrud Scholtz-Klink. Desde noviembre de 1934 fue la *Reichsfrauenführerin*, o máxima líder de las mujeres nacionalsocialistas en su calidad de dirigente de la Organización Nacionalsocialista de Mujeres (*Nationalsozialistische Frauenschaft*, NSF, la organización nazi de la mujer fundada en octubre de 1931), de la Agrupación de Mujeres Alemanas (*Deutsches Frauenwerk*, DFW, en la que fueron integradas distintas organizaciones de mujeres preexistentes al régimen nazi), de la Sección Femenina del Frente Alemán del Trabajo (*Deutsche Arbeitsfront*, DAF, aglutinante único de los trabajadores) y de la Asociación Femenina de la Cruz Roja alemana. En el momento de su nombramiento presentaba las credenciales perfectas para el puesto: treinta y dos años de edad (lo suficientemente adulta para apelar a mujeres más maduras; lo suficientemente joven para no alienar a las nuevas hornadas), madre de cuatro hijos (llegó a alumbrar 11 en total, aunque no todos sobrevivieron, fruto de sus tres matrimonios), antigua funcionaria en el estado de Baden, miembro del partido desde antes de 1933, rubia, ojos azules y, por supues-

(1) Las referencias a los discursos y artículos periodísticos de Hitler recogidos en esta compilación vendrán acompañadas del año en el que fueron pronunciados o escritos.

(2) Los actos del partido en Núremberg se celebraron por última vez en 1938. Se venían celebrando en la capital de Franconia con cadencia anual desde 1933, siempre a comienzos de septiembre. Su duración fue estirándose con el paso de los años: en 1933 abarcó cinco días, en 1938 ya fueron ocho. Según algunos cálculos, en total tomaron parte unos 35 millones de alemanes (Urban, 2007: 35). En 1937 Hitler no pronunció discurso alguno ante las mujeres. En 1939 las energías nacionalsocialistas estaban volcadas en otra dirección: la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939, que dio pie a la contienda bélica. Los actos programados para 1939, con inicio previsto el 2 de septiembre y una duración de diez días, se vieron lógicamente suspendidos. Ver asimismo: Thamer, 1988; Schmidt, 2005.

to, sin «manchas» de sangre. Si a todo añadimos detalles como su peinado estilo *Gretchen* (con trenzas enroscadas a la cabeza) y su rostro limpio de maquillaje, se ajustaba como un guante al estereotipo nazi de la mujer germánica (Von Saldern, 2009: 94). En 1939 las organizaciones bajo su dirección sumaban alrededor de ocho millones de miembros, de ellas 1,7 millones en la NSF y cuatro millones en la DFW, entre una clientela potencial de 24 millones de mujeres (3). El objetivo de la principal organización nazi de mujeres estribaba, según su máxima dirigente en una entrevista sostenida décadas después del colapso del régimen, en «insuflar los ideales nazis en la vida cotidiana de todas las mujeres alemanas, hasta en los pueblos más pequeños» (Koonz, 1987: xxiv). Obviamente, cuando Scholtz-Klink se refiere a las «mujeres alemanas» (como, por extensión, cada vez que el gentilicio aparece en boca o pluma de un nazi), se refiere a personas de ese género que pueden presentar un pedigrí ario impoluto, y no a judías o gitanas, por ejemplo. Esas categorías, ahora sin distinción de género, estaban excluidas del ámbito de obligación moral de la *Volksgemeinschaft* o «comunidad nacional», convertida en un espacio dicotómico de inclusión/exclusión según líneas raciales de consecuencias diabólicas, como el tiempo se encargaría de demostrar (4). Scholtz-Klink era, como «mérito» adicional, viuda de un nazi; su primer esposo, Eugen Klink, falleció de un ataque al corazón en marzo de 1930 cuando se disponía a participar en un acto del NSDAP. Ambos eran miembros de primera hora del movimiento desde que «un día el nombre de Hitler irrumpió en nuestra conciencia» (Scholtz-Klink, 1978: 28). Hasta el fatal desenlace de su esposo, la futura Reichsfrauenführerin se había limitado, como era el caso de tantas otras consortes nazis, a proporcionar apoyo logístico a las actividades de su marido, esto es, cuidando del hogar y de sus hijos. Precisamente el fallecimiento de su marido fue el detonante para dar un salto cualitativo en su compromiso con la causa, primero en su región de origen, Baden, e inmediatamente después en su calidad de máxima responsable de las mujeres del régimen.

La visión de Scholtz-Klink de la condición femenina y de su papel de «servidumbre voluntaria» (5) en el nuevo estado viene puntualmente recogida en una serie de discursos pronunciados entre 1933 y 1940. Algunos de

(3) A modo de referencia, valga decir que el año del inicio de la guerra el NSDAP contaba con 5,3 millones de afiliados.

(4) El concepto de *Volksgemeinschaft* antecedió a los nazis. Casi todos los partidos de Weimar lo utilizaron en sus programas, bien que con significados y contenidos muy diferentes al sesgo biológico y antisemita que le darían aquellos. Ver: Schmidt-Berning, 2007; Süß y Süß, 2008; Frei, 2009; Wildt, 2009.

(5) La expresión me la ha regalado Martín Alonso, por lo que le estoy agradecido.

ellos están reproducidos en un libro de su autoría publicado en 1978 bajo el título de *Die Frau im Dritten Reich* («La mujer en el Tercer Reich»), libro que abre con una dedicatoria a las mujeres cuyos maridos dejaron vida o salud en las cárceles y centros de reeducación a cargo de los vencedores de la contienda bélica (1978: 13). Como la misma dedicatoria deja entrever, se trata de una obra escrita con ánimo apologético y, más en concreto, de una vindicación sin fisuras del papel tradicional que, como tendremos ocasión de comprobar, el Tercer Reich tenía reservado para la mujer. Su panegírico del régimen totalitario se hace evidente en aseveraciones como la siguiente: «nuestros nietos y los que vengan después tienen que saber que sus antepasados no fueron ni criminales ni tampoco ilusos, sino personas de corazón creyente y con una gran confianza en el futuro» (1978: 33). Las alocuciones de Scholtz-Klink en el marco citado de Núremberg entre 1934 y 1938, o no están recogidas en la compilación de textos que figuran en la obra citada, o lo están de forma selectiva. Cuando de lo que se trata es de bucear en el discurso de las mujeres nazis sobre la mujer, estos silencios hacen imprescindible acudir a los textos originales, tal y como fueron publicados inmediatamente después de ser impartidos, y no después de ser sometidos a castraciones interesadas (Scholtz-Klink, 1934; 1935; 1936; 1937; 1938)(6).

No conviene, en todo caso, magnificar su impronta en el régimen. Quien figuraba formalmente como la *Führerin* de las mujeres en el Tercer Reich en realidad disponía de «menos poder real que, digamos, un jefe de distrito o un ministro adjunto» (Koonz, 1987: 6). Su perfil era tan bajo que los jefes nazis apenas sabían quién era. Pese a compartir tribuna con Hitler en repetidas ocasiones, éste nunca la consultó sobre aspectos políticos sustantivos ni tampoco la concedió audiencia. Ni siquiera recibió el retrato de rigor del Führer que recibían los líderes y que colgaba de sus despachos oficiales. Sus disposiciones precisaban de la firma de Erich Hilgenfeldt, el máximo responsable de la Oficina para la Asistencia Social (*Hauptamt für Volkswohlfahrt*), quien además, y durante un breve periodo de transición en 1934, fue director de la NSF y de la DFW. Su grado de postración debió hacerse evidente cuando contrajo matrimonio en 1940 con el general de las SS August Heissmeyer. Para acceder al puesto de Reichsfrauenführerin no había sido objeto de investigación racial exhaustiva alguna. Sin embargo, antes de convertirse en la esposa de un miembro de la élite del régimen, los *etnócratas* encargados de velar por la pureza radical rastrearon varias generaciones en su árbol genea-

(6) La publicación que incluye el discurso de Scholtz-Klink ante las mujeres en Núremberg en 1934 recoge asimismo el discurso de Hitler. En adelante, las referencias que se hagan a este discurso remitirán a cada uno de los dos autores por separado, y así figurará en la bibliografía.

lógico para asegurarse de lo impoluto de sus credenciales (Stephenson, 1981: 105-106; Koonz, 1987: 181-182). En 1950 fue condenada por las autoridades aliadas a treinta meses en un campo de trabajo.

El objeto privilegiado de nuestra atención lo constituirán, entonces, Hitler y Scholtz-Klink. Ambos dirigentes del régimen constituyen las principales fuentes doctrinales, de autoridad y de poder del nacionalsocialismo sobre la materia. Objeto preferencial, pero no exclusivo. Sus reflexiones y discursos acerca del papel de la mujer en el nuevo Reich serán enriquecidas con observaciones y declaraciones procedentes de las filas nazis, más para corroborar las líneas expuestas por las dos máximas autoridades en la materia (efectiva en el caso del Führer del Reich, más cosmética en el caso de la Führerin de las mujeres) que para matizarlas, puesto que el discurso nazi de género no presenta ninguna discrepancia sustancial.

En el presente trabajo nos interesa —lo hemos apuntado— el ámbito discursivo. Dejaremos a un lado otros aspectos relacionados con la cuestión femenina en la praxis del nacionalsocialismo, y ello por dos razones indisolublemente ligadas. Por un lado, y con particular intensidad desde la década de 1980 al calor del esfuerzo protagonizado, sobre todo, por investigadoras por reincorporar a la mujer a la historia, disponemos de excelentes monografías y estudios acerca de la condición femenina en el nacionalsocialismo, entendiendo por tal el régimen totalitario instaurado a partir de 1933, pero también el movimiento social y político que aprovechó y socavó los resquicios de la República de Weimar hasta desterrar la democracia de suelo alemán. Destacan a este respecto estudios generalistas sobre la mujer durante esta época luctuosa de la historia alemana y occidental, entre los que destacan los firmados por Tim Mason (1976a; 1976b), el colectivo Frauengruppe Faschismusforschung (1981), Dorothee Klinksiek (1982), Claudia Koonz (1987) o Jill Stephenson (1975, 2001), sin olvidar otros estudios de mayor aliento temporal que dedican una considerable atención a la República de Weimar y el Tercer Reich (Evans, 1976; Frevert, 1986). Disponemos, asimismo, de investigaciones de carácter más específico, como la monografía dedicada por Jill Stephenson (una de las especialistas que primero se adentró en este tipo de trabajos) a las organizaciones nazis de mujeres (1981), así como investigaciones sobre organizaciones sectoriales, como la consagrada a la juventud femenina nazi (Klaus, 1998; para el marco más amplio de las Juventudes Hitlerianas, ver Kater, 2004, en especial el Cap. 3). Un objeto específico de interés lo ha constituido la participación de la mujer en el mundo laboral remunerado, explorando en él un barómetro de la modernidad o no de las políticas nazis (Winkler, 1977). Al calor de los enfoques de biopolítica, que ponen de relieve el empeño de ingeniería social por alumbrar un

nuevo pueblo recurriendo a políticas maritales, reproductivas y eugenésicas, algunas historiadoras e historiadores han abordado el estudio de la política nazi sobre la mujer en el marco de un estado donde el criterio de inclusión/exclusión pivotaba sobre la raza (Bock, 1983; Burleigh y Wipermann, 1991; Czarnowski, 1991, 1996). Por último, y sin ánimo de ser exhaustivos en el elenco de temas cubiertos, merece la pena mencionar los estudios sobre la participación política de la mujer, en concreto sobre su comportamiento electoral y su participación en el NSDAP, aunque en este caso los estudios estén por razones obvias focalizados en la República de Weimar, puesto que su derribo por los nazis en 1933 puso fin al sistema democrático representativo y ya no había comportamiento político que observar, sencillamente porque no había procesos electorales en los que participar (Kater, 1983; Boak, 1989; Lauterer, 2000).

La dimensión discursiva centrada en exponentes representativos del nacionalsocialismo apenas ha merecido la atención de la historiografía y las ciencias sociales. Hasta donde alcanza nuestro conocimiento, no hay ningún estudio exhaustivo y sistemático sobre esta parcela particular del discurso nazi. La mezcla de un sentimiento de aversión moral ante las ideas recogidas en los escritos del máximo responsable del episodio más ignominioso de la modernidad, Hitler, combinado con una cierta pereza intelectual a la hora de adentrarse en unos textos de difícil digestión, siquiera en términos formales y lingüísticos (los escritos de Hitler resultan plumizos y reiterativos), hace que su obra, en concreto *Mein Kampf*, haya sido un libro más denunciado que leído. Tan es así, que una de las mejores conocedoras del Führer, la historiadora austro-alemana Brigitte Hamann (2010), confiesa no conocer a nadie que haya conseguido leerlo en su integridad, lo que achaca al hecho de ser una obra «intragable y extremadamente aburrida».

A continuación, y no sin antes haber presentado someramente en un primer apartado la visión nazi de la mujer, abundaremos en dos dimensiones, la primera el reverso lógico de la segunda y, en consecuencia, intercambiables: por un lado, en la defensa de un papel tradicional que relega a la mujer a la esfera privada sin intervención posible en la esfera pública en plano de igualdad con el varón; y, por otro lado, la justificación de lo desaconsejable de la participación de la mujer en los campos políticos y de combate, entendida esta última en su doble sentido de lucha en la calle contra el enemigo (sobre todo comunistas y socialdemócratas) durante los «años de lucha», y de participación en estructuras militares después de la conquista nazi del poder en enero de 1933.

II. PIEZAS DEL ENGRANAJE NACIONAL

Voces acreditadas han sostenido que, antes de su llegada al poder, el movimiento nazi apenas se preocupó por explicitar su visión de la mujer y del papel que habría de desempeñar en el nuevo orden racial entonces todavía por conquistar (p.e., Frevert, 2007: 242). Tienen razón: para el nacionalsocialismo la cuestión de la mujer resultaba incontrovertida. Se trataba de una verdad que poner en práctica, más que de una política que ir fraguando.

Este amplio consenso daría cuenta del hecho de que las referencias que Hitler incorpora sobre la mujer en *Mein Kampf* sean escasas, escuetas y, sin embargo, siempre inequívocas. Prácticamente al comienzo del primer volumen de la obra, publicada originalmente en 1925, deja sentada la jerarquización de roles sobre la que pivota su visión del tema cuando se dirige a la juventud de su país de forma diferencial en el orden siguiente: «¡Muchacho alemán, no olvides que eres un alemán! ¡Muchacha alemana, recuerda que has de ser una madre alemana!» [1943 (1925/27): 10]. En estos asertos hay varios rasgos que nos interesa destacar. Unos son de carácter formal (pero que, sin embargo, denotan cuestiones de mayor calado), y guardan relación con el estilo declamatorio del nazismo en general, y de su Führer en particular. Nos referimos al recurso sobreabundante al modo verbal imperativo en los registros oral y escrito, así como a la inflación de gentilicios, fiel termómetro este último del ideario ultranacionalista con el que impregnó al movimiento creado a su imagen y semejanza. Otros aspectos de la cita resultan más sustantivos. En ella queda meridianamente claro qué género actuará de sujeto y cuál de objeto en su Alemania soñada; quién es un fin en sí mismo en tanto que individuo, y quién un medio (bien que de reconocida importancia) para un fin (7). Al joven varón se le exhorta a llegar a lo máximo a lo que puede aspirar: a ser un alemán (que sea ario resulta redundante en el vocabulario del nacionalsocialismo) consciente de su condición de eslabón de un proyecto histórico para preservar la raza elegida. Ahora bien: a ese mismo alemán no se le permite forjar una visión autónoma de la vida buena. Con su fijación organicista racial, el nacionalsocialismo se distancia de forma irreversible del proyecto ilustrado, tanto de su tronco liberal y su visión del orden social y político centrado en el individuo como de la variante marxista y su anhelo de emancipar al proletariado y, con él, al género humano en su conjunto. Hitler insiste en esta idea en infinidad de ocasiones. Valga de muestra el siguiente

(7) Hay también una jerarquía gramatical: el varón no viene adjetivado, es un «alemán», en tanto que la mujer sí que lo está. Agradezco a Martín Alonso el haber llamado mi atención sobre este extremo.

ejemplo extraído de un discurso pronunciado ante el Reichstag en 1937 con motivo del cuarto aniversario de su acceso al poder: «Como principio, nuestro programa nacionalsocialista sustituye el concepto liberal de individuo y el concepto marxista de la Humanidad con el de pueblo determinado por la sangre y el suelo [...] Por primera vez, quizás, en la historia se ha orientado en este país el espíritu de que, entre todas las misiones que se nos han impuesto, la más excelsa y, por lo tanto, la más sagrada para el hombre, es la conservación de la estirpe que Dios le dio» (1937: 9-10). Queda así delimitado, pues, el núcleo del «fundamentalismo étnico» nazi (Koonz, 2005) en sus dos extremos indisociables, al tiempo que complementarios: por un lado, la preservación de la raza aria; por otro, la necesidad de acabar con quienes constituyen sus encarnizados enemigos, el liberalismo individualista y, sobre todo, el colectivismo universalista marxista, ambas variantes del materialismo, ambas bajo la égida judía.

En el esquema organicista nazi, Hitler le tiene reservado a la mujer el rol de madre y educadora de futuros alemanes: «el objeto de la educación femenina no tiene que ser otra que la de convertirla en futura madre» [1943 (1925/27): 460]. Nada distinto sostiene Scholtz-Klink: «la llamada más profunda que se nos puede encomendar es la maternidad» (1978: 492; orig. 1933). Varía el fraseado, pero la esencia del mensaje permanece. Porque en efecto los niños, en su calidad de embrión del «nuevo hombre» que anhelan todos esos proyectos de ingeniería social y/o racial que son los totalitarismos, son el motor de la lucha emprendida por el movimiento [Hitler, 1943 (1925/27): 10]. Ya el programa de 25 puntos del NSDAP de 1920, hecho público en un momento en que Hitler era su responsable de propaganda, recoge de forma expresa en su artículo 21 la voluntad de amparar a mujeres y niños: «El Estado debe preocuparse de mejorar la salud pública a través de la protección de la madre y el niño». Hitler nunca se desprenderá de esta idea. En febrero de 1925, recién salido de la cárcel, cuando su movimiento todavía era a todas luces marginal, transmitió a su audiencia el siguiente mensaje: «De lo que aquí se trata es de nuestros niños y, con ellos, del futuro de nuestra germanidad» (1992, I: 23; orig. 1925). En la cima de su gloria, en 1938, cuando todavía disfrutaba de una gran popularidad en Alemania (Casquete, 2012), insistió: «Todo lo que hacemos, en el fondo, lo hacemos por los niños» (1938: 59). Ese mismo año Hitler introdujo la Cruz de la Madre (*Mutterkreuz*) con el objeto de rendirla culto en su rol reproductor, igual que la Cruz de Hierro distinguía la heroicidad de los soldados. En su edición del día de Navidad de 1938, el órgano oficial del NSDAP, el *Völkischer Beobachter*, se refería a este honor en los siguientes términos: «La madre de familia numerosa alemana debe ocupar el mismo lugar de ho-

nor en la comunidad del pueblo alemana que el soldado del frente, pues su servicio en cuerpo y alma a la patria ha sido el mismo que el prestado por el soldado del frente en el estruendo de la batalla». Al igual que la cruz militar, la cruz concedida a las madres se clasificaba en tres categorías: de bronce, otorgada a partir de cuatro hijos; de plata, a partir de seis, y; de oro, a partir de ocho. Hasta septiembre de 1941 se habían concedido 4,7 millones de estas cruces (Benz, 2006: 24).

Cuando coloca a los niños como la clave de bóveda de su acción, lo hace enmarcando a la infancia en un proyecto de ingeniería racial que «purificase» el cuerpo nacional fomentando, por un lado, la función reproductiva de cuerpos femeninos «sanos» y, por otro lado, depurando a los elementos «insanos» e «indeseables»: «Por lo que tenemos que luchar —apunta Hitler— es por salvaguardar la existencia y la multiplicación de nuestra raza y de nuestro pueblo, por la alimentación de sus hijos y el mantenimiento impoluto de su sangre, por la libertad e independencia de la patria». A lo que añade: «Cada pensamiento y cada idea, cada lección y todo el conocimiento, han de estar al servicio de este fin» [1943 (1925/27): 234].

La propuesta organicista alrededor de la «comunidad nacional» era de carácter incluyente para muchos, pero con consecuencias irreversibles para quienes no encontrasen acomodo en ella. Se tradujo en la priorización absoluta de una supuesta divisoria racial a costa de negar la existencia de cualquier confrontación de clase o de género. Todavía hoy el reto intelectual estriba en comprender la fascinación que la idea negadora de unos conflictos, pero a costa de subrayar otro en exclusiva, produjo en amplios sectores de la sociedad alemana, los mismos que elevaron al movimiento nazi al poder. Entender, en suma, las razones por las que millones de alemanes hicieron suyas reflexiones similares a las que expresa una joven que se afilió a la sección femenina de las Juventudes Hitlerianas: «Lo que me atrajo a este ideal fue la esperanza de que podría conducir a un estado en el que los individuos de todas las capas de la sociedad pudiesen vivir juntos como hermanos», vale decir, «como en una gran familia» (Maschmann, 1979: 8, 21). La idea ocupaba un lugar de privilegio en la cosmovisión nazi. Los rituales funerarios de los «mártires» nazis caídos por la «idea» en la lucha por la calle contra el enemigo marxista ofrecían un marco propicio para exaltar las virtudes de la comunidad nacional. Hitler lo hizo en el discurso fúnebre dedicado a Georg Hirschmann, un miembro de las SA fallecido en Múnich en mayo de 1927. Refiriéndose a él, sostuvo: «Se vinculó a un movimiento que no conoce pobres o ricos, sino solo compatriotas alemanes» (VB, I-VI-1927).

No es asunto menor este de la atención que el nacionalsocialismo prestó a la infancia, a los alemanes del futuro. Todo totalitarismo aspira a homo-

geneizar a un pueblo en nombre de una idea. En el caso alemán, el impulso uniformizador pasó por intervenir en la sociedad eliminando a los individuos «sobrantes» que perturbaban la armonía del jardín soñado (judíos, gitanos, homosexuales, disminuidos físicos y psíquicos, comunistas, etc.) y por fraguar el molde para el resto, miembros racialmente impolutos e ideológicamente adoctrinados para ser miembros de pleno derecho de la comunidad nacional. Una utopía racial de esta naturaleza no podía prosperar sin la colaboración de la mujer desde su papel imprescindible en la reproducción de los futuros miembros de la comunidad nacional, y también desde el desempeño de su cometido educativo para que esos niños y jóvenes renunciasen a cualquier tipo de proyecto individual que pusiese en peligro el funcionamiento armonioso del conjunto.

A diferencia de quienes parten de nociones de clase o de estamento, el dibujo organicista propio de los totalitarismos contempla la sociedad como un agregado de individuos preocupados por alcanzar la armonía con sus conciudadanos más allá de sus diferencias. En este sentido, en una cita espigada de sus discursos, Hitler proclamó en 1937 ante una audiencia predominantemente femenina en Núremberg: «Partimos de la convicción de que en un pueblo las clases, estados, etc. carecen de sentido, pues todos los individuos están necesariamente orientados los unos a los otros y ninguno puede sobrevivir sin el resto» (Hitler, 1938: 56). No se podría hablar, en consecuencia, de cuestiones masculinas o femeninas, puesto que ambos géneros estaban indisolublemente unidos por el pegamento de la raza; solo de una misión que afecta a cada alemán por igual. Ahora quien abunda en esta misma línea es Scholtz-Klink: la clave es «cómo obtener lo mejor de uno mismo para que mi pueblo, para que Alemania, sea de nuevo tan fuerte, decente, sana y creyente que pueda existir ante Dios y ante sí misma» (1978: 526; orig. 1937).

Este esquema de pensamiento sobre la relación entre individuo y comunidad, resumido en eslóganes como aquel tan querido al nacionalsocialismo según el cual «¡Tú no eres nada, tu pueblo lo es todo!», conforma el núcleo duro de la *Weltanschauung* nazi. El individuo es efímero, el pueblo sin embargo eterno, siempre y cuando cada pieza ocupe el lugar que se corresponde con su potencialidad, vale decir, con lo que los gestores e ingenieros del engranaje hayan determinado al respecto. Hitler lo expresa del siguiente modo en una de las incontables instancias en que se refiere a dicha relación en *Mein Kampf*: toda cultura que se precie pasa por que «cada individuo renuncie a representar tanto su opinión como intereses propios y en su lugar se sacrifique en aras de una mayoría de la población». El idioma alemán, prosigue Hitler, dispone de una expresión que capta a la perfección este espíritu de arrostrar sacrificios individuales cuando lo que está en juego es el bien-

estar colectivo: «cumplimiento del deber» (*Pflichterfüllung*). Lo contrario (quintaesenciado —como, por lo demás, todos los males imaginables— por los judíos) se denomina egoísmo y búsqueda del beneficio individual [1943 (1925/27): 326, 327].

Por convicción en muchos casos, sin duda, pero también por seguidismo del patrón marcado por el líder carismático y su movimiento, el caso es que de esta cosmovisión participaban las mujeres nazis. Para Scholtz-Klink el organicismo constituía la pieza clave de la lectura nacionalsocialista de las vidas social y política: «queremos ser una pieza del engranaje de nuestro pueblo» (1935: 13). ¿Cómo se concretaba la aportación al conjunto de cada individuo, en este caso de las mujeres? He aquí un ejemplo que resulta bien elocuente al respecto. El órgano de expresión de las mujeres nazis, *NS Frauen-Warte*, recogía en su número de noviembre de 1934 un artículo con los «Diez mandamientos para la elección de un esposo». El prontuario lo abría el siguiente recordatorio: «Piensa que eres alemana. Todo lo que eres, lo eres gracias a tu pueblo, no a ti misma. Te guste o no. Le perteneces, puesto que has surgido de él. Por eso reflexiona sobre todo aquello que hagas, si le resulta o no provechoso a tu pueblo». Este primer mandamiento finalizaba con un principio fundamental del nacionalsocialismo, ya recogido literalmente en el programa del NSDAP de 1920: «El interés colectivo prevalece sobre el bien privado». Otros imperativos de la religión política recogidos en este breviario de la mujer nazi desincentivaban la soltería (segundo mandamiento), apelaban a la pureza corporal y espiritual (tercero y cuarto) o exigían la elección de consortes de raza aria o nórdica (quinto y sexto). El que cerraba la lista constituye un buen exponente de la misión que el nacionalsocialismo tenía encomendada para la mujer: «Deberías tener tantos hijos como sea posible» (en Benz, 1993: 54).

En el nacionalsocialismo el varón y la mujer constituían piezas de una misma maquinaria, en efecto, bien que de cotizaciones diferentes. Al primero le competían «desde siempre» las funciones que discurren en la esfera pública (política, economía, defensa), en tanto que a las mujeres, asimismo apelando a la tradición y a la historia, se les encomienda la salvaguarda del hogar. O, en expresión de uso corriente en círculos conservadores alemanes ya desde el siglo XIX, los ámbitos competenciales de la mujer serían los hijos, la cocina y la iglesia (las tres «k»-s: *Kinder*, *Küche* y *Kirche*) (8). Dos

(8) No faltaron propuestas para engordar el listado de «k»-s. Leonore Kühn, una mujer activa en el movimiento de mujeres de clase media que abrazó el nacionalsocialismo, añadió como ámbito competencial femenino los hospitales (*Krankenstube*). Otra nazi, la maestra Sophie Philipps, señaló además la alcoba y la ropa (*Kammer* y *Kleider*) (Kühn, 1933: 35; Philipps, 1933: 46).

esferas, la pública y la privada, que estarían estrictamente segregadas y serían asimétricas para el funcionamiento del cuerpo social, pero que, en cualquier caso, siempre contarían con agentes arios. Más allá, y de forma transversal por cuanto afecta a varones y mujeres, todos aquellos individuos sin pedigrí racial serían expulsados del colectivo de referencia y, en consecuencia, del universo de obligación moral de la comunidad nacional; resultaban perjudiciales al conjunto, lo «contaminaban» y, en definitiva, comprometían su supervivencia.

El proyecto totalitario nazi interpelaba exclusivamente a «mujeres alemanas, arias, sanas y madres políticamente leales. En el paraíso de las mujeres de Hitler, aquellas que no se acomodasen a estos requisitos fueron humilladas, esterilizadas a la fuerza, torturadas, recluidas en campos de concentración o exterminadas» (Frevort, 1986: 200). Los judíos, hombres y mujeres por igual, fueron los grandes destinatarios de las políticas de erradicación de los brotes que distorsionaban la armonía del jardín ario soñado. El recurso a la imaginería bacterial está presente en todos los escritos y discursos de Hitler al respecto y, por metástasis, en toda la literatura nazi. Hitler se prodiga en sus escritos y discursos en regalar a los judíos calificativos como —sin ánimo de exhaustividad, todos ellos tomados de *Mein Kampf*— los de «bacterias», «parásitos», «gorriones», «veneno», «bacilos», «fermento de la descomposición» o «disolventes». La deshumanización del adversario, sabemos, es una táctica recurrente de todo movimiento político con derivas totalitarias (Alonso, 2010: 129). Hitler se refería en primera instancia a la raza judía (pues antes que religión forman una raza; en este extremo insiste una y otra vez) cuando señaló el camino a seguir para la revitalización y esplendor que habría de alumbrar el nuevo Reich: «La nacionalización de nuestra masa solo tendrá éxito cuando en la lucha positiva por el alma de nuestro pueblo hayan sido exterminados sus envenenadores internacionales» [1943 (1925/27): 372].

Los judíos fueron las víctimas predilectas de la biopolítica nacionalsocialista, pero no fueron las únicas. Los nazis hicieron pivotar su política sobre la mujer para convertirla en la madre del «nuevo hombre» soñado, al tiempo que se empeñaron en excluir a muchas otras de la maternidad. El principal mecanismo para impedir que viniesen al mundo «vidas indignas de ser vividas» fue la esterilización. Según algunos cálculos, una ley en tal sentido que entró en vigor el 1 de enero de 1934 afectó en los seis años siguientes a unas 320.000 personas, el 0,5% de la población, y se aplicaron unos 5.000 «abortos eugenésicos» (Bock, 1983: 413; Evans, 1987: 161). Más de 6.000 mujeres fallecieron como consecuencia de esas operaciones (Aly, 2011: 272).

III. EL «PEQUEÑO» MUNDO DE LAS MUJERES: ¿YUGO O BENDICIÓN?

El nacionalsocialismo, al igual que otros totalitarismos ultranacionalistas que proliferaron en la Europa de entreguerras (Willson, 1996; Ortega López, 2008), abrazó un orden social que descansaba en la consideración de la mujer como el segundo género. La perspectiva en sí misma no era original; se trataba más bien de una variante antimodernista en extremo que pujaba por mantener a la mujer prisionera de su rol ancestral de guardiana del hogar. Entre sus precedentes inmediatos en Alemania se contaba Heinrich Claß, presidente durante tres décadas, y hasta 1939, de la influyente Liga Pan-Germánica (*Alldeutschen Verband*), de orientación nacionalista y antisemita. Claß publicó en 1912 un libro bajo pseudónimo en el que confesaba: «La participación de las mujeres en la lucha de partidos es a priori algo contra lo que se rebela un sano sentimiento» (Fryman, 1912: 118). Sus ideas influyeron en la Liga para la Prevención de la Emancipación de las Mujeres (*Bund zur Bekämpfung der Frauenemanzipation*), una asociación masculina fundada el mismo año de publicación de libro de Claß con unos objetivos tan explícitos como los que recoge su rúbrica, inspirado por lo demás en movimientos homólogos de Inglaterra y EE.UU. (Evans, 1976: 175 y ss.; Scheck, 1997: 35)(9). La Liga lamentaba la división entre géneros estimulada por demandas que, en su entendimiento, socavaban la familia, como eran el fomento del trabajo femenino o la solicitud de apoyo a las madres solteras. Denostaba, asimismo, los esfuerzos por conseguir la igualdad forzando a los géneros a desempeñar tareas para las que la naturaleza no les había dotado. Movimiento emancipador que, además, era portador de un espíritu internacionalista y pacifista (Evans, 1976: 177). En la República de Weimar esta visión patriarcal se ajustaba con bastante precisión a la de las organizaciones de mujeres conservadoras y confesionales (tanto católicas como protestantes), que rechazaban frontalmente los espacios conquistados por la «nueva mujer» en la década de 1920 en ámbitos como el trabajo, la política, la sexualidad o el arte. Pero no solo a ellas: el movimiento de mujeres ligado al SPD antes de la I Guerra Mundial, bajo el liderazgo de Clara Zetkin, tampoco osó desafiar el reparto tradicional de roles y los ideales femeninos de servicio, deber y sacrificio (Bridenthal, Grossmann y Kaplan, 1984: 2). Por esos mismos años los socialdemócratas, los verdaderos artífices de la conquista del voto femenino unos años más tarde, en 1918, animaban a las mujeres a limitar sus actividades políticas a la esfera social y preservar el resto a los varones

(9) No es casualidad que la Liga se fundase inmediatamente después de tener lugar las elecciones al Reichstag, que dieron la victoria al SPD.

(Boak, 1990: 370). El tradicionalismo, esencialismo y patriarcalismo nazis no eran, en modo alguno, un rasgo privativo. A este respecto, pues, hay que converger con Frevert cuando señala que «la idea de que los hombres desempeñasen tareas domésticas y de educación de los niños les resultaba extraña tanto a las mujeres burguesas como a las socialistas» (1986: 199).

Entonces, ¿dónde radica el carácter distintivo del nacionalsocialismo? La especificidad de esta variante totalitaria estribó en poner a la mujer al servicio de un proyecto de «purificación» racial desde su rol reproductivo de madre y esposa. Las mujeres eran de interés político, tanto en sentido positivo como negativo, no como madres per se, sino en tanto que madres de la raza aria. Los nazis adoptaron las medidas biopolíticas y eugenésicas oportunas para que solo las mujeres «racialmente valiosas» pudiesen engendrar vástagos para la *Volksgemeinschaft*. Hitler ya lo había anticipado en *Mein Kampf*: «Quien desde el punto de vista físico y psíquico no esté sano y digno, no debe perpetuar su desgracia en el cuerpo de su hijo» [1925/1927 (1943): 447]. A tal fin, por ejemplo, en julio de 1933 el gabinete de Hitler adoptó una ley que obligaba a trabajadores sociales y enfermeras a notificar a las autoridades sanitarias su conocimiento sobre individuos «genéticamente defectuosos», con el fin de decidir acerca de su esterilización (Koonz, 1987: 150).

El fundamentalismo étnico nazi alcanzó sus consecuencias más trágicas con la programación industrial del exterminio de determinadas categorías sociales, sobre todo de judíos. La subordinación de la mujer encaja dentro de la misma lógica biologicista de atribuir a la naturaleza lo que en realidad son construcciones humanas y producto de las relaciones sociales, en particular la etnia y el género. Con una diferencia sustancial: en tanto que ningún judío aceptó de grado el destino que el nazismo le tenía reservado, no fueron pocas las mujeres que dieron la bienvenida a su condición de guardiana del hogar sin posibilidad de efectuar incursiones contempladas como antinaturales en el espacio público, monopolio del varón.

Un esencialismo este que se trasluce en los mítines pronunciados por los dirigentes que estamos considerando. La repercusión que alcanzaban sus discursos en el marco del escaparate del régimen que era Núremberg durante la celebración de las jornadas del partido, siempre a comienzos de septiembre en la fase de régimen del nacionalsocialismo, los convierte en un observatorio privilegiado para acceder a la doctrina nazi en parcelas como la juventud, el trabajo o la defensa, pero también (lo que aquí nos ocupa) sobre la mujer.

De todos los congresos allí celebrados hasta 1938, tal vez el discurso que mejor compendie la visión de Hitler de la condición femenina sea el que pronunció en 1934. Se trata del segundo congreso celebrado en la capital

de Franconia desde el acceso nazi al poder en enero del año anterior, pero del primero en contar con una sesión dedicada en exclusiva a las mujeres. Los actos ante las mujeres nazis previstos para el congreso de 1933 fueron cancelados de forma inesperada una semana antes (Urban, 2007: 118). En el ánimo de Hitler estaba marcar el tono del discurso nazi sobre la mujer, en particular sobre su esfera de competencia en la sociedad y en el Reich. Todos los dirigentes nazis tomaron buena nota y sintonizaron oportunamente la frecuencia que dictó su Führer. En las reuniones en Núremberg en años sucesivos, y siempre en el marco de la jornada destinada a los «dirigentes políticos», seguirá sentando doctrina sobre la materia.

Su argumentario biologicista apela a la «naturaleza» (hasta en ocho ocasiones se remite expresamente a ella en el discurso de 1934) y al destino como altares de la justificación de una división sexista del trabajo. Las esferas del hombre y la mujer son radicalmente diferentes, bien que complementarias. Es el imaginario de los «dos mundos» de Hitler, según el cual ambos géneros son diferentes pero igual de imprescindibles para el devenir del conjunto, de la *Volksgemeinschaft*. *Gleichwertig aber nicht gleichartig*, es decir, «iguales pero diferentes», gustaban de repetir los nazis en este contexto. Merece la pena reproducir sus reflexiones con generosidad de espacio: «Cuando se sostiene que el mundo del varón es el Estado, que el mundo del varón es la lucha, la disposición por servir a la comunidad, podría tal vez derivarse que el mundo de la mujer es más pequeño, puesto que su mundo es su marido, su familia, sus hijos y su hogar. Sin embargo, ¿dónde estaría el mundo grande si nadie se hiciese cargo del mundo pequeño? ¿Cómo podría sobrevivir el mundo grande si nadie se hiciese cargo de las tareas del mundo pequeño? ¡No, el mundo grande se erige sobre este mundo pequeño! El mundo grande no puede perdurar cuando el pequeño no está garantizado. La providencia ha asignado a la mujer las tareas propias de su mundo, a partir del cual se forma y construye el mundo de los varones» (1934: 4).

No fue la última ocasión en que insistió sobre el mismo escenario en la teoría de los «dos mundos». En el congreso del partido de 1936 reconvino a los «sabelotodo literarios y a los filósofos de la igualdad de derechos» e incidió en la estricta divisoria entre géneros de matriz biológica: «¡No se confundan! En la vida de un pueblo hay dos mundos: el mundo de la mujer y el mundo del varón. La naturaleza ha resuelto de forma correcta situar al hombre al frente de la familia y le ha impuesto otra obligación: la defensa del pueblo, del conjunto. El mundo de la mujer es, si tiene suerte, la familia, su marido, sus hijos, su hogar [...] Los dos forman un conjunto que posibilita a un pueblo vivir y perdurar. Nosotros queremos construir este mundo conjunto de ambos, en el que cada género reconozca el trabajo que solo él puede desempeñar y,

en consecuencia, solo él debe desempeñar» (Hitler, 1936: 45-46). Frente a quienes conciben los dos mundos como enfrentados, es decir, los valedores del discurso emancipador de las mujeres, el nacionalsocialismo adopta una perspectiva que se pretende conciliatoria: «Estos dos mundos no están enfrentados. Se complementan mutuamente, forman un conjunto, igual que lo forman hombres y mujeres» (1934: 4). La mujer aporta al conjunto aquello para lo que la naturaleza mejor le ha dotado: el sentimiento; el varón, por su parte, contribuye con su inteligencia (Hitler, 1935: 54).

Cuando reparamos en las tareas asignadas a la mujer, asumidas de buen grado por muchas de ellas, primero en la fase de lucha del movimiento, a continuación durante el régimen tras la conquista nazi del poder, constatamos que tenían que ver con el hogar, en su sentido amplio (reproducción, tareas domésticas, etc.), pero también con la atención sanitaria y asistencial, la educación, la religión o la preservación y reproducción de la tradición. Hubo mujeres conservadoras de otros partidos que contribuyeron a la elaboración de políticas en esas esferas; no fue el caso de las mujeres nazis, que nunca accedieron a cargo político de responsabilidad alguno. En el «periodo de lucha» (hasta 1933), las esposas, hijas o hermanas de miembros de las organizaciones más emblemáticas del movimiento nazi (NSDAP, SA o SS), organizadas en la Orden de la Esvástica Roja bajo el liderazgo de Elizabeth Zander, se dedicaron a cocinar, coser ropas y uniformes, cuidar de los enfermos, proporcionar primeros auxilios a los heridos de sus filas, recolectar dinero o ropa, llevar a cabo actividades de propaganda, organizar fiestas para niños, cubrir el avituallamiento de comida y bebida en actos nazis, así como otras tareas asistenciales relacionadas con miembros en apuros, como la atención de casas de acogida. Ya en el Tercer Reich, a partir de mayo de 1934 la NSF y el DFW organizaron «escuelas de mujeres», la primera de ellas en Coburg (Scholtz-Klink, 1978: 48), en el marco del programa Servicio de las Mujeres del Reich, a su vez parte del Servicio del Trabajo del Reich. Su oferta formativa incluía cursos en cometidos considerados como específicamente femeninos, como el gobierno del hogar, la crianza y educación de niños (siempre con la «higiene racial» de trasfondo), la cocina o los usos y costumbres tradicionales. El objetivo final apuntaba a profesionalizar las tareas femeninas, concebidas en sentido estrecho como tareas domésticas. Entre julio de 1934 y julio de 1937 se ofertaron un total de 53.977 cursos, con un total de 1.139.945 participantes (*Ibid.*: 172-173). Según algunos cálculos, hasta 1944 unas cinco millones de mujeres habían tomado parte en esos cursos (Wehler, 2003: 753). El servicio laboral femenino, por su parte, «formaba parte de la tarea más amplia de revitalización de nuestro pueblo. Sus prioridades eran la agricultura, la educación de la juventud femenina en las tareas del hogar

y proporcionar ayuda a las madres sobrecargadas de familias numerosas; la formación en pensamiento y obra según los principios nacionalsocialistas de un cuerpo de líderes femeninas y la inculcación de disciplina y disposición al servicio de todas las voluntarias» (Scholtz-Klink, 1978: 31). De modo más conciso, la *Reichsfrauenführerin* había resumido la misma idea ya en su primer discurso en Núremberg en 1934: «el pequeño Yo tiene que subordinarse al gran Tú —el Pueblo—. Este es el núcleo de nuestros cursos de maternidad» (1934: 10).

Varones y mujeres constituyen, pues, piezas de un mismo conjunto, bien que con rangos y atribuciones concebidos como compartimentos estancos y jerarquizados. En la medida que un género no podía «invadir» las tareas propias del otro, los canales de comunicación estaban cegados. El cometido de la mujer estaba meridianamente claro: «Vemos en la mujer la madre eterna de nuestro pueblo y la compañera de vida, de trabajo y de lucha del hombre» (Hitler, 1935: 53). La maternidad era el espacio superior en el que se desplegaba el «heroísmo de la mujer»: «no hay mayor honor para la mujer que convertirse en la madre de los hijos y las hijas de su pueblo» (*Ibid.*: 54 y 55), porque ese es su destino (Scholtz-Klink, 1937: 8). Ahora bien: «No juzgamos correcto que la mujer interfiera en el mundo del hombre, en su parcela principal, sino que juzgamos acorde con la naturaleza que ambos mundos permanezcan separados. ¡A uno le corresponde la fuerza del espíritu, la fuerza del alma! ¡Al otro le corresponde la fuerza de la visión, del temple, de la determinación y de la disposición a la acción!» (Hitler, 1934: 5). Lo contrario acarrearía, por tomar prestadas las expresiones de Goebbels, una «feminización» del varón al tiempo que una «masculinización» de la mujer (1934: 120). En la cosmovisión de Hitler, el hogar constituye el espacio privativo de la mujer; el del varón es la esfera pública, la política y el combate (en su fase de movimiento, la lucha por la calle contra el enemigo comunista y socialista en grupos paramilitares; en la fase de institución, la participación en estructuras militares formales). Resta especificarlo mejor: «Lo que aporta el varón al sacrificio por su pueblo en forma de lucha, lo aporta la mujer en la lucha por la supervivencia de este pueblo en casos concretos. Lo que aporta el varón de valor heroico en el campo de batalla, lo aporta la mujer en forma de dedicación paciente y eterna, en paciente y eterno sufrimiento y pena. Cada niño que trae al mundo supone un paso más en el ser o no ser de su pueblo. Ambos mundos deben, por lo tanto, apreciarse y respetarse mutuamente, cuando cada parte cumple el cometido que la naturaleza y la providencia le ha reservado» (1934: 5).

Los valedores de la emancipación

Pero, ¿a quiénes se referían los nazis cuando hablaban de los valedores de la filosofía igualitarista? El antisemitismo manifiesto en el movimiento conservador alemán mucho antes de la irrupción del nacionalsocialismo es un hecho históricamente incontrovertible. Tampoco culpabilizar a los judíos de la difusión de ideas emancipadoras de la mujer fue ninguna invención del movimiento liderado por Hitler. Un exponente de esa mentalidad a quien hemos aludido con anterioridad, Claß, escribió años antes de la aparición del nacionalsocialismo: «no hay que ignorar el hecho de que, lo que hasta ahora no se situaba en la extrema izquierda contemplaba el movimiento femenino con recelo, porque no cabía duda de que las judías desempeñaban en él el papel dirigente y de que toda la prensa socialdemócrata y radical era su representante» (Fryman, 1912: 120). Quienes han estudiado en detalle la materia sostienen que carece de fundamento hablar de una sobrerrepresentación judía en el movimiento feminista (Evans, 1976: 181).

Con mimbres como estos, Hitler y su movimiento tampoco albergan ninguna duda sobre los responsables de la difusión de ideas que buscan alterar el orden natural de las cosas: el judaísmo y sus productos intelectuales, a saber, el liberalismo y, con particular insistencia y virulencia en sus diatribas, el marxismo. Que el marxismo sería una nave con los judíos en el puesto de mando es un hecho del que Hitler ya se habría percatado durante sus años de juventud en Viena [1943 (1925/27)]: 64). En lo que toca a su visión racial, el semillero de su cosmovisión, el universo mental de Hitler discurre según parámetros dicotómicos. He aquí una muestra ilustrativa de este maniqueísmo, en este caso limitado al plano estético, pero que bien podría exportarse sin distorsión apreciable al campo moral: «todo lo que hoy contemplamos como bello es el producto de los arios, de su espíritu y su esfuerzo, y lo malo es la herencia del hebreo» (1992, I: 23; orig. 1925). Los arios serían el ejemplo exclusivo de los pueblos «creadores de cultura» (*Kulturbegründer*), mientras que los judíos serían el exponente paradigmático de su antónimo, de sus «destructores» (*Kulturzerstörer*). En medio, condenados a la irrelevancia y la mediocridad, quedarían los pueblos «portadores de cultura» (*Kulturträger*) [1943 (1925/27): 318]. El éxito de su movimiento no guarda relación con la consecución de escaños parlamentarios ni puestos de representación institucional, devaluados por Hitler a meros medios al servicio del fin último, la preservación y ennoblecimiento de la raza; su éxito se mide «por el grado de exterminio del marxismo y de la ilustración diseminada por sus artífices, los judíos» (1992, I: 4; orig. 1925). Se trata de un combate que no admite con-

cesión ni compromiso, puesto que está en juego el «ellos o nosotros» [1943 (1925/27): 225].

La estrategia propagandística de Hitler pasaba por focalizar el odio en un único enemigo: «el arte de todos los líderes de un pueblo en toda época ha estribado en primera instancia, no en dispersar la atención de su pueblo, sino en concentrarse siempre en un solo enemigo» [1943 (1925/27): 129]. El papel de enemigo por antonomasia se lo atribuyó al «judío», metonimia del mal en estado puro, y a sus productos intelectuales: el liberalismo, el marxismo y la idea de la liberación de la mujer, concretada esta última en el símbolo de la «nueva mujer», esto es, la mujer emancipada que osa traspasar las barreras que la naturaleza y la historia le tienen asignadas (Koonz, 1987: 6, 89-90).

Los judíos serían, entonces, los propagadores y responsables de la idea de la mal llamada emancipación femenina (1934: 4), porque más que la igualdad entre géneros (en una curiosa filigrana de inversión) lo que buscan es una privación de los derechos de uno de ellos: «la así denominada “igualdad de derechos” de la mujer, promovida por el marxismo, en realidad no supone la igualdad de derechos, sino una desposesión de los mismos, puesto que conduce a la mujer a un terreno en el que por fuerza estará subordinada» (Hitler, 1935: 53). Es más: históricamente en las «naciones germánicas» nunca ha reinado otra cosa que la igualdad de derechos, puesto que a cada género le han sido siempre asignados cometidos de «igual dignidad, igual valor y de la misma clase» (*Ibid.*: 53).

A pesar de todos los argumentos en contrario —prosigue Hitler—, no falta quien considere que, al reducirla a la esfera privada y a la crianza de los hijos, la doctrina nazi denigra a la mujer. Al contrario, replica el Führer, dicho proceder condensa su apoteosis: «no hay mayor honor para la mujer que ser la madre de los hijos e hijas de un pueblo» (*Ibid.*: 55). Por eso, lo que para unos (a saber: los defensores de la emancipación de la mujer: marxistas y liberales unidos por su matriz judía) es un «yugo», para otros (los nazis) es una «bendición» (Hitler, 1936: 45). Trazado el perímetro axiomático, no extrañará que (estamos siguiendo al Führer), en un momento en que el discurso emancipador dejaba sentir su impronta, el rostro de la mujer reflejase desesperanza y tristeza. Bien distinto era la situación tras la conquista nazi del poder, con «rostros relucientes y sonrientes» dominando el panorama (Hitler, 1935: 55).

La intromisión de un género en los roles y tareas que la naturaleza ha dispuesto para el otro constituye un ataque intolerable al orden natural de las cosas. Resulta inadmisibles que «de repente los hombres se conviertan en mujeres», al igual que lo es que «de repente las mujeres se conviertan en hombres». Hitler aspira a que «las mujeres sigan siendo mujeres en su

esencia, en su vida, en la fijación de objetivos y en la realización de su vida, al igual que deseamos que los hombres sigan siendo hombres, también en su esencia, en la fijación de objetivos y en la realización de su esencia y de su vida» (Hitler, 1938: 57-58). «Porque (y quien ahora efectúa la pregunta es Scholtz-Klink), ¿qué relación va a iniciar en los últimos años un hombre con una mujer que ni siquiera es capaz de cumplir satisfactoriamente su justos deberes en su ámbito innato, por ejemplo el cuidado del hogar?» (1978: 489; orig. de 1933). La respuesta a esta pregunta retórica la proporciona la propia *Reichsfrauenführerin* en su compendio apologético: «Cuanto más intente (la mujer) asimilarse al varón, más perderá»; de forma correlativa, «todo verdadero hombre buscará siempre en la mujer a su complemento, y con el trabajo conjunto también dará la bienvenida al complemento de la mujer-madre» (1978: 50). Las fricciones brotarán cuando los géneros a los que la naturaleza ha destinado a unas tareas se inmiscuyan en actividades para las que no están predestinados, esto es, cuando se feminicen o se masculinicen. La defensa de esferas de actividad según roles no era privativa —ya lo hemos consignado— del nacionalsocialismo, pero sí su obstinación e integrista en la divisoria.

Esa mezcla de roles preconizada por los apóstoles de la emancipación femenina, que alcanzó su máxima expresión en la República de Weimar, exigía un «cambio de curso en interés tanto de la nación como, sobre todo, de las mujeres implicadas» (Scholtz-Klink, 1978: 487; orig. de 1933). Poner las cosas en su sitio según un orden prefijado de forma dogmática atribuyéndolo a la naturaleza lleva implícita la tarea de combatir frontalmente la perniciosa idea de la emancipación femenina, idea que hundía sus raíces en la Revolución francesa y que Alfred Rosenberg denunció como una deriva individualista [1937 (1930): 493-494]. La misión más sagrada de la «auténtica mujer» radicaría, según quien se hacía pasar por el filósofo del movimiento, en «emancipar a las mujeres de la emancipación femenina», esto es, en «mantener la pureza de la raza» para, de este modo, «salvar del hundimiento» al pueblo (*Ibid.*: 512).

IV. EL MUNDO «GRANDE» DE LOS VARONES: LA POLÍTICA Y EL COMBATE

La esfera pública es el espacio reservado al varón. Constituye su espacio exclusivo de actividad. La interferencia en él de la mujer supondría una inversión de roles atentatoria contra las leyes dictadas por el orden natural. Dentro de la esfera pública nos detendremos en dos dominios: la política y la lucha, es decir, el combate.

El derecho al voto igual, secreto y directo para hombres y mujeres mayores de 20 años fue recogido en la Ley Electoral del Reich publicada el 30 de noviembre de 1918, e inmediatamente después reafirmado por la Constitución de Weimar en varios de sus artículos (109, 119 y 128), que apuntalaban la igualdad de derechos y deberes entre mujeres y hombres. De todo el espectro político, la ley contó únicamente con el apoyo desde un principio de los partidos de confesión socialista, es decir, el Partido Socialdemócrata (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, SPD) y el Partido Socialdemócrata Independiente (*Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, USPD). De mejor (la izquierda) o peor grado (los conservadores), todos los partidos con representación durante el periodo republicano se aprestaron a incorporar en sus programas la «cuestión femenina», y contaron con mujeres en sus filas, así como en el máximo órgano representativo de la nación, el Reichstag, aunque ninguna en el Reichsrat o cámara de representación territorial, ni tampoco en puestos ministeriales. A lo largo de la República de Weimar todos interiorizaron de forma más o menos expresa en sus programas la igualdad de la mujer e incorporaron consecuentemente algunas mujeres en puestos electorales seguros, pero nunca como primeras candidatas (Büttner, 2008: 253). Todos menos los nazis.

Las primeras elecciones dos meses después de hacerse oficial la ley, en enero de 1919, y de la que habría de salir la Asamblea Constituyente, discutieron en el contexto de una guerra recién finalizada, un clima revolucionario, un orden imperial que se derrumbaba y, por supuesto, la novedad de un derecho al sufragio recién adquirido. Acudieron a las urnas el 90% de las mujeres, la participación más alta de todo el periodo republicano. De un total de 423 escaños, 41 fueron para mujeres (el 9,6%), repartidas del modo siguiente entre los diferentes partidos: 22 del SPD (un 13,3% del total de la fracción); seis de los católicos Partido del Centro y Partido Popular Bávaro (*Zentrum* y *Bayerische Volkspartei*, BVP, 6,3%); seis del Partido Democrático Alemán (*Deutsche Demokratische Partei*, DDP, 8%), de orientación liberal-burguesa; tres del (USPD, 13,6%); otras tres para el conservador y nacionalista Partido Popular Nacional Alemán (*Deutschnationale Volkspartei*, DNVP, 7%), y; una en las filas del nacionalista Partido Popular Alemán (*Deutsche Volkspartei*, DVP, 4,5%) —Boak, 1990: 373—. De los 24 países que a la altura de 1919 habían introducido el sufragio femenino (entre ellos Australia —pero solo para mujeres blancas—, Nueva Zelanda, Polonia, Canadá, Dinamarca, Finlandia y Austria) la primera Asamblea Nacional alemana fue la que contó con una mayor representación femenina (Lauterer, 2000: 83).

El porcentaje de mujeres parlamentarias fue disminuyendo con el paso de los años. En las elecciones de mayo de 1924 hubo 27 mujeres, en las de 1930

fueron 41, aunque representaban el 7% de la cámara (Frevert, 1986: 167). En la medida que los nazis ganaron significativamente en porcentaje y número de escaños a partir de 1930, el peso específico de la representación femenina en el Reichstag menguó, por mucho que el resto de partidos siguiese contando con mujeres en sus filas parlamentarias. En todo caso, tanto las cifras de mujeres parlamentarias como el voto femenino se repartían de forma asimétrica entre los diferentes partidos. Como regla, los partidos de izquierda contaron con un mayor número de mujeres. Durante Weimar, los partidos socialdemócratas (SPD y USPD) contaron con entre el 11 y el 13,6% de mujeres en sus filas parlamentarias, mientras que el porcentaje entre los partidos de centro y conservadores fue significativamente menor. Sin embargo, la relación de las preferencias de voto entre las mujeres favorecía claramente a los partidos que con mayor recelo suscribían la causa de la igualdad (Bremme, 1956: 68). No existen datos fiables respecto a la presencia femenina a nivel local, pero parece cumplirse una regla según la cual cuanto más pequeño era el ayuntamiento, menos posibilidades había de presencia femenina (Bridenthal y Koonz, 1976: 310, 318; Boak, 1990: 374).

Estadísticas de voto para varones y mujeres (en algunos lugares se utilizaron papeletas de colores diferentes según género) muestran que el Partido del Centro y los conservadores DNVP y DVP fueron los principales beneficiarios del recién conquistado sufragio femenino. A pesar de que se opusieron en un principio a la participación de las mujeres en política, fueron los principales beneficiarios del derecho recién conquistado. Así, se estima que en las elecciones al Reichstag de 1920 el 59% de los votos del Partido del Centro fueron depositados por mujeres, en el caso del DNVP el 56%, y del DVP el 51%. En el otro polo, el DDP, el SPD y, sobre todo, los comunistas, fueron los que menor confianza recibieron de las mujeres: el 47%, el 43% y el 37%, respectivamente (Bremme, 1956: 76). Las líneas maestras de esta pauta se mantuvieron en los siguientes comicios electorales hasta el final de Weimar, esto es: las mujeres se decantaban por opciones conservadoras y se alejaban de las opciones radicales (comunistas tanto como nazis), de izquierda y liberales. En el caso del Partido Comunista Alemán (*Kommunistische Partei Deutschlands*, KPD), la diferencia del voto entre varones y mujeres a favor de los primeros llegaba a alcanzar el 20%; sin ser tan amplia, la diferencia de voto al NSDAP en la misma dirección, al menos hasta las elecciones de 1930 (luego se equilibró), también es un dato constatado, a pesar de que a partir de 1932 en algunos distritos protestantes la relación se invirtió y los nazis obtuvieron más votos entre las mujeres que entre los varones (Bremme, 1956: 73 y ss.; Koonz, 1987: 59). Ningún partido de izquierda obtuvo jamás más votos femeninos que masculinos (Bridenthal y Koonz, 1976: 305).

Desde las izquierdas comunista y socialdemócrata a los partidos «burgueses» y conservadores, todos confiaron puestos de representación a las mujeres. Consideremos, por ejemplo, el caso del Partido Popular Nacional Alemán (DNVP), el principal partido conservador de la República de Weimar hasta las elecciones de septiembre de 1930, cuando la derecha ultranacionalista representada por los nazis absorbió gran parte de su electorado y se convirtió en el segundo partido en el Reichstag tras los socialdemócratas. El DNVP admitió desde el principio mujeres en su grupo parlamentario y estimuló la creación de grupos femeninos en su seno. Sin embargo, al igual que el resto de partidos excepto el NSDAP, las mujeres del DNVP se ocuparon principalmente de temas «femeninos» tales como la inmoralidad en la vida pública (por ejemplo impulsando una regulación al respecto más rígida en el cine y el teatro), la abolición de la prostitución regulada y otros temas relacionados con la familia, el bienestar social, la educación y la religión (Scheck, 2001: 547).

Se pueden reprochar muchas cosas al nacionalsocialismo, condenar todavía más, pero la inconsecuencia nunca presidió su praxis con respecto a sus convicciones biologicistas fundamentales. El NSDAP fue el único partido de su tiempo que excluyó a las mujeres de su grupo parlamentario, así como de cualquier puesto de responsabilidad en el movimiento y en el régimen. Entre 1919 y el intento de golpe de estado protagonizado por Hitler en Múnich el 8 y 9 de noviembre de 1923, las mujeres no sobrepasaron el 10% de los afiliados; entre 1925 y 1932 la militancia femenina osciló alrededor del 8%; inmediatamente después de la toma del poder se redujo al 5% (Kater, 1983: 206). En esta baja afiliación femenina también se distinguieron los nazis de los partidos de izquierda como el KPD, que osciló en su porcentaje de mujeres militantes entre un 5 y un 17 por ciento entre 1919 y 1933, y el SPD, entre un 10,3 y un 22,8 por ciento entre 1919 y 1931 (Kater, 1983: 202-206). El papel residual de las mujeres en la vida partidaria y política de los nazis durante Weimar prefiguró su destino en otras parcelas de la vida pública tan pronto como se hicieron con el poder. Por ejemplo en lo que respecta a su presencia en la universidad; a partir de 1933 el régimen introdujo un *numerus clausus* según el cual el porcentaje femenino no podía sobrepasar el 10% de los estudiantes universitarios, aunque en 1935 el régimen dio marcha atrás con la medida. Si en 1932 había 18.315 mujeres universitarias, en 1939 eran tan solo 5.447 (Schmidt y Dietz, 1985: 28). Más radical fue su exclusión de la judicatura: a partir de 1936 las mujeres no podían ejercer de jueces ni de fiscales, ni siquiera siendo miembros del partido. También fueron excluidas de los jurados por su incapacidad para «pensar lógicamente o razonar objetivamente» (en Koonz, 1987: 145).

La máxima dirigente de las mujeres nazis era consciente de esta asimetría numérica en las filas del movimiento nazi, que por lo demás aprobaba de grado: «En proporción, pocas mujeres se afiliaron al partido. Contemplaban su lucha política activa como una tarea masculina» (Scholtz-Klink, 1978: 38). Como quiera que sea, lo cierto es que desde 1921 las mujeres estaban formalmente excluidas de cualquier puesto de responsabilidad en el partido. Aunque eran bienvenidas a afiliarse, el partido no efectuó esfuerzo alguno por reclutarlas (Koonz, 1987: 57). Sin embargo, conviene señalar que estas cifras no reflejan la contribución de las mujeres al auge del movimiento. Primero porque las mujeres contemplaban su papel más en funciones auxiliares y de retaguardia que en la primera fila política y de lucha; y segundo, porque a menudo la situación económica familiar solo alcanzaba para pagar una cuota de partido, y esta, naturalmente, estaba reservada al varón (Stephenson, 1981: 25-26).

La contribución femenina al éxito del movimiento fue expresamente reconocida por el Führer, quien mostró reiteradamente su agradecimiento a las mujeres por su apoyo, incluso en los momentos más delicados. En su alocución ante las mujeres en Núremberg en 1935 arrancó confesando: «Creo que hoy no estaríamos aquí si desde el principio de nuestra lucha muchas, muchísimas mujeres no se hubiesen sentido íntimamente ligadas a este movimiento y no se hubiesen comprometido con él desde el primer momento» (1935: 53). El año siguiente se expresó en términos similares: «Sin la perseverancia y abnegación verdaderamente cariñosa de la mujer al movimiento, el Partido no habría podido alcanzar la victoria» (1936: 46). Insistió en el agradecimiento a la mujer por su apoyo en el curso de actos públicos, como los mencionados de Núremberg, así como en otros foros. De este modo, en una entrevista concedida en julio de 1933 a la periodista estadounidense Anne O'Hare declaró: «Sienten (las mujeres) que mi victoria es la suya. Saben que sirvo a su causa al trabajar por la redención de la juventud alemana, por crear un orden social y por restaurar la esperanza y la salud» (en Koonz, 1987: 140-141).

Las mujeres desempeñaron durante la Kampfzeit funciones auxiliares al lado de los varones cocinando, cosiendo, cuidando de enfermos y heridos, colaborando en tareas de propaganda, etc., pero también votando. En consecuencia con su desprecio a la democracia, Hitler no era ningún entusiasta del sufragio femenino, pero tampoco del masculino. Sin embargo, en el marco de la estrategia de alcanzar el poder por la vía electoral (es decir, de destruir la democracia sirviéndose de ella) diseñada tras su excarcelación en diciembre de 1924, se ufana en los siguientes términos de atraer el voto femenino para alcanzar sus fines: «No soy partidario del sufragio femenino, pero si hemos de continuar con esta payasada, tenemos que aprovecharla al máximo [...] Las mujeres siempre votarán por la ley y el orden y por un uniforme, puede usted

estar seguro de ello» (en Koonz, 1987: 54). Ya desde ese año tuvo que hacer frente a intentos por parte de algunas mujeres nazis de participar en la vida política e institucional, por ejemplo de Elizabeth Zander, la dirigente durante los años 20 de una organización femenina afín a los nazis. Según recuerda Hitler en una conversación sostenida una vez iniciada la Segunda Guerra Mundial, «en 1924 sufrimos una irrupción súbita de mujeres que se sentían atraídas por la política [...] Querían estar en el Reichstag para elevar la moral. Les dije que el 90% de los que se trataba en el parlamento eran temas masculinos, sobre los que no tendrían opinión valiosa alguna. Se rebelaron ante este punto de vista, pero les tapé la boca diciendo: “No penséis que conocéis a los hombres igual que yo conozco a las mujeres”» (en Koonz, 1987: 72).

La huella de Hitler se deja sentir en la exclusión de la mujer del combate político, una actividad que juzga «indigna» para ella. «En una ocasión —proclamó Hitler en Núremberg en 1934— una mujer me pidió: tiene usted que ocuparse de que las mujeres lleguen al parlamento, es lo único que las puede ennoblecer. No creo, le repliqué, que pueda ennoblecer al individuo algo que es malo en sí mismo. A la mujer que se enzarza en ese engranaje no la ennoblecerá el parlamento; por el contrario, el engranaje la deshonrará. No quiero dejar en manos de la mujer aquello que quiero arrebatarse al hombre. Los enemigos sostienen que de esta manera no atraeremos mujeres al movimiento. El caso es que acuden a nosotros más mujeres que al resto de partidos juntos» (1934: 5).

En los regímenes totalitarios la doctrina sentada por el líder no admite matices, mucho menos réplica. Otro destacado ideólogo del nacionalsocialismo, su ministro de propaganda Joseph Goebbels, insistió en los dictados del Führer sobre la condición femenina y su papel político en el Tercer Reich. Con ocasión de la inauguración en marzo de 1933 de una exposición dedicada precisamente a la mujer, dejó bien sentado el papel que cada género tenía asignado: los hombres, hacer la historia; las mujeres, convertir a los jóvenes en hombres (1934: 118). Y prosiguió: «el movimiento nacionalsocialista es el único partido que mantiene a la mujer alejada de la política del día [...] No por falta de respeto, sino porque la respetamos demasiado, la hemos alejado del juego parlamentario-democrático de intrigas que ha caracterizado a Alemania durante los últimos 14 años. No porque veamos en la mujer un valor inferior, sino porque apreciamos en ella y en su misión otro valor diferente al destino que desempeña el hombre. Por eso estábamos convencidos de que la mujer, sobre todo la mujer alemana, que más que cualquier otra es en el verdadero sentido de la palabra una mujer, debería aplicar su energía y capacidades en ámbitos distintos a los del hombre». Su despliegue argumentativo, sin embargo, está preñado de inconsistencias, de las cuales no precisamente

la menor es reconocerla su derecho a coprotagonizar la esfera pública, para acto seguido vaciar esa misma esfera de atribuciones: «Nadie que comprenda el tiempo moderno, puede albergar la ocurrencia de apartar a la mujer de la vida pública, del trabajo, de la profesión y del empleo». Sentado lo cual, en una artimaña dialéctica solo válida asumiendo que una cosa y su contraria son ciertas al mismo tiempo, afirma: «No debemos ocultar que las tareas que corresponden al hombre deben también seguir siendo tareas del hombre. Entre ellas figuran la política y la defensa» (*Ibid.*: 119). En cambio, «el primer, mejor y más razonable emplazamiento de la mujer es la familia. La tarea más maravillosa que puede desempeñar es regalar hijos a su país y a su pueblo para dar continuidad a los géneros y garantizar la inmortalidad de la nación. La mujer es la educadora de la juventud y la portadora del futuro» (*Ibid.*: 120-121).

Ambos dirigentes, Hitler y Goebbels, habían tenido ocasión con anterioridad de intercambiar opiniones acerca del rol de la mujer en la Alemania del futuro. La entrada de los diarios de este último correspondientes al 30 de marzo de 1932 se hace eco de forma aprobatoria de las siguientes reflexiones del Führer: «Finalmente con Hitler a solas. Desarrolla nuevas ideas sobre nuestra postura con respecto a la mujer. Es la compañera de género y de trabajo del hombre. También en la economía de hoy. Antes en el campo, hoy en la oficina. El hombre es organizador, la mujer órgano de ayuda y de ejecución. Bien y correcto» (2005, 2/II: 251). Todavía antes, en su novela de tintes autobiográficos aparecida en 1929 (pero escrita en 1924, oportunamente retocada a efectos de publicación), Goebbels había escrito: «La mujer no es ni ángel ni diablo. Es un ser humano, a menudo uno insignificante [...] Las mujeres que dan a luz necesitan hombres que protejan la vida de esos niños [...] Su tarea consiste en estar bella y en traer niños al mundo» (1929: 40-41).

El mismo fondo que late en la teoría de los «dos mundos» de Hitler y su severa demarcación de roles de género se encuentra en la metáfora de la «forja de las armas» en Scholtz-Klink. La lucha, sostiene la *Reichsfrauenführerin*, hay que emprenderla empuñando aquellas armas con las que la naturaleza ha dotado a cada género. En el caso de las mujeres, su arma no es otra que «la cuchara de cocina» (10). En abierta denuncia de todo el arco parlamentario de Weimar excepto los nazis, arremete contra quienes han violado este principio y permitido que las mujeres acudan al parlamento. Haberlo aceptado es la «primera traición a sí misma, el primer pecado contra el espíritu»; participar en un espacio y actividad ajenos a sus dotes naturales, a

(10) «La cuchara de cocina es el arma de la mujer», citado en: Livi, 2005: 138-139.

sus armas, no era una prueba de fuerza, sino de todo lo contrario. El acceso al parlamento le señala a la mujer dos alternativas: o empuñar las armas del varón ofreciendo el modelo de la mujer parlamentaria, o defender su «feminidad» haciéndola consciente y orgullosa de su esencia (1978: 488-489; orig. 1933). En el congreso de Núremberg de 1934 insistió en la armonía entre atributos naturales y funciones asignadas, armonía que descansaba sobre dos pilares: «que el varón tenga trabajo en tanto que fundador y sostén de la familia, pero por otro lado también que la mujer alemana desempeñe la parte que le corresponde en la vida de la nación y en interés de todo el pueblo según su esencia y naturaleza» (1935: 12).

La mujer había de desempeñar, pues, un papel de retaguardia en lo que hacía a su participación en política. Otro tanto ocurría con la otra dimensión del «gran mundo» de relevancia para el nazismo, la defensa. Tanto en el «periodo de lucha» que tuvo lugar en las calles alemanas entre grupos paramilitares nazis (las SA) y de otras organizaciones (sobre todo vinculadas a las formaciones de izquierda) previa a su conquista del poder, como en el marco de estructuras de defensa formales como el ejército o la policía una vez erigido en régimen, Hitler y su movimiento dejaron bien sentado que la pelea en la calle y el combate eran tareas impropias de la mujer. Un «hombre de verdad» se sentiría avergonzado de contemplar a una mujer participar en tareas de combate en caso de guerra. Ese no es el «campo de batalla» de la mujer. Su lugar está con los niños, su función la maternidad: ahí libra la mujer su batalla por la nación (Hitler, 1935: 54). Al año siguiente insistirá en la misma idea: «Mientras conservemos un género masculino sano [...] no habrá en Alemania ninguna sección de lanzadoras de granadas ni ningún cuerpo de francotiradoras. Eso no es igualdad de derechos, sino una minusvaloración de la mujer» (1936: 45)(11). La liturgia de las jornadas del Partido en Núremberg era un fiel reflejo del alejamiento deliberado de la mujer de cualquier actividad ligada a la defensa. En tanto que al resto de organizaciones sectoriales del movimiento (SA, trabajadores, jóvenes, etc.) les estaba permitido desfilar uniformados ante el Führer en sus jornadas correspondientes, a las mujeres se les prohibió expresamente cualquier tipo de formación militar (Urban, 2007: 71, 86).

Habida cuenta de esta exclusión formal e informal, no sorprenderá que en el panteón oficial de «mártires» del nacionalsocialismo (411 hasta finales

(11) Puede sin duda ser leída como una ironía del destino el hecho de que, como atestigua un testigo directo de los últimos días del dictador en Berlín, su guardaespaldas, telefonista y correo personal, los primeros soldados rusos en llegar al búnker del Führer fuesen mujeres (Misch, 2009: 233).

de 1938)(12) aquellos miembros y simpatizantes del partido y de las SA que, siguiendo el imperativo de ofrecer el sacrificio supremo de la propia vida por la «idea» y por quien la personificaba, Hitler, únicamente figurasen dos mujeres: Katharina Grünewald, fallecida el 2 de agosto de 1929 en un enfrentamiento armado con un grupo paramilitar rival (Weberstedt y Langner, 1935: 79) y Helene Winkler, fallecida de un disparo en Altona-Hamburgo el 17 de julio de 1932. Los encargados de batirse hasta la muerte eran exclusivamente varones, y a ellos iban dirigidas las muestras de reconocimiento expresadas en actos conmemorativos de contenido martirial que contaban con la participación ritual del Führer. Los actos estelares eran los que tenían lugar en Múnich cada 9 de noviembre, precipitante celebratorio del homenaje en la capital bávara (la «capital del movimiento») a los 16 caídos en el *putch* de 1923, y los reservados en cada congreso de Núremberg a homenajear a los mártires del movimiento. Valga de muestra el siguiente extracto de la alocución de Hitler con motivo del tercer aniversario de la muerte del mártir por excelencia del nacionalsocialismo, Horst Wessel (Oertel, 1988; Baird, 1990; Behrenbeck, 1996; Luckey, 2008; Vierkant, 2008; Casquete, 2009a, 2009b, 2009c, 2012; Siemens, 2009; Gailus y Siemens, 2011). El 22 de enero de 1933, apenas unos días antes de hacerse con la jefatura del gobierno, Hitler se dirigió a los congregados en los actos conmemorativos que se desarrollaron en Berlín en los términos siguientes: «Contamos con hombres que lo han dado todo y lo sacrificarán todo por una idea, por un ideal. No solo eso, sino que también están dispuestos a dar sus vidas por el reconocimiento y con él por la vida del conjunto. ¡Catorce años nos han dado cientos de héroes! Por eso, mis camaradas de partido, hombres de las SA y las SS, estamos orgullosos de ellos» (*Der Angriff*, 23-I-1933). Por cierto: Horst Wessel redactó 70 páginas de su «autobiografía política» bajo la rúbrica de *Politika* cuando contaba 22 años en las que no menciona ni una sola ocasión a su madre (con quien vivía y quien le mantenía) ni a su hermana, y nunca se refiere a ninguna mujer por su nombre; solo genéricos «chica» o «jóvenes alemanas» (Siemens, 2009: 35; Gailus y Siemens, 2011: 50). Magda Goebbels, esposa del ministro de propaganda, y una de las pocas mujeres con cierto grado de influencia en el régimen, sostuvo en un discurso radiofónico pronunciado el 14 de mayo de 1933 con ocasión del Día de la Madre que «la cifra de maridos e hijos que han sido asesinados en la lucha por la nueva Alemania es grande; la cifra de lágrimas derramadas por la madre alemana es

(12) Bundesarchiv Berlin, NS 1/395, «Ehrenliste der Ermordeten der Bewegung». La cifra de mártires hay que tomarla con alguna reserva, porque no todos los incluidos en ella fueron víctimas de altercados de naturaleza política, sino que los nazis le daban a posteriori ese sesgo para su uso en la contienda propagandística. Los comunistas, por lo demás, actuaban siguiendo una lógica similar. Véase: Reichardt, 2002: 55-57; Fülberth, 2011: 131 y ss.

incontable» (1933: 19). Tanto Hitler como la esposa de Goebbels dejan meridianoamente claro que la épica era patrimonio reservado al varón, y que a la mujer le quedaba reservada la lírica.

Scholtz-Klink repite argumentos similares al respecto del no-papel de la mujer en tareas defensivas, siempre siguiendo el guión de la doctrina oficial sentada por Hitler. En el Congreso de Núremberg de 1936, en el que la confrontación con la URSS conformaba el eje central del bautizado como «Congreso del Honor», la *Reichsfrauenführerin* denunció la participación femenina en el Ejército Rojo en plano de igualdad con los varones, «como soldado igual que como comandante» (1936: 9). Las mujeres nacionalsocialistas no aspiraban a universalizar sus propuestas, como hacían los comunistas desde su internacionalismo. Dichas propuestas giraban en torno a un eje que ya nos resulta familiar: que las mujeres «en tanto que las madres físicas y espirituales de sus pueblos se congreguen en una comunidad tácita pero robusta como las servidoras incondicionales del Bien en su lucha contra el Mal en el mundo» (1936: 15). En un discurso radiofónico emitido en 1939 una vez iniciada la guerra reincide en el reparto tradicional de roles. Los hombres han de ser educados en la actividad «guerrera», las mujeres en la maternidad; los primeros han de velar por la protección de su pueblo, las mujeres por su parte han de ocuparse de los niños (13).

V. CONCLUSIÓN

El discurso nazi sobre el papel de la mujer desde su inepción como movimiento hasta su colapso como régimen no resulta del todo original, aunque sí su rigidez o grado de consecuencia, si se quiere, a la hora de ponerlo en práctica. Una vez que se hizo con el poder, el nacionalsocialismo se convirtió en un claro exponente del tipo ideal (en el sentido weberiano) de aquellas corrientes relativamente amplias que se resistían a los ímpetus modernizadores de la época, incluyendo el ánimo emancipador de las mujeres. Esta postura reaccionaria efectuó la transición de discurso a praxis en ese momento de inflexión de la historia contemporánea que fue el 30 de enero de 1933. A partir de entonces, y con el Estado ya al servicio de su proyecto totalitario, su práctica estuvo presidida por un culto a la maternidad y la domesticidad, ámbitos reservados a las mujeres, así como por una correlativa reserva de la esfera pública para el varón. Los nazis postularon la delimitación en términos

(13) <http://www.dhm.de/medien/lemo/audios/scholtz-klink>, acceso 13 de septiembre de 2012.

de exclusividad. Cualquier ensayo de difuminar esas rígidas fronteras y de establecer vasos comunicantes entre ambas fue estigmatizado como «anti-natural». Ni resultaba pertinente que los varones participasen de la vida doméstica, ni tampoco que las mujeres asumiesen funciones relacionadas con la política, la defensa o con cualquier otra tarea que las distrajese del hogar y de la crianza de los hijos.

El discurso nazi de géneros, tal y como hemos diseccionado a partir (sobre todo, pero no en exclusiva) de los textos de Hitler y de Scholtz-Klink, revelan una profunda corriente biologicista que no es sino el complemento «blando» del discurso que acabó con millones de judíos en campos de exterminio y víctimas de *razzias* masivas y sumarias en el frente del Este en los primeros compases de la guerra. La raza era lo que hacía diferentes a los judíos, no la religión. Diferentes y desiguales, bien entendido que en el marco de una gradación que los relegaba al escalafón inferior de la esfera moral en tanto que «bacterias» indignas de la vida que viven. El nacionalsocialismo reservó a las mujeres (no judías) otro destino distinto, qué duda cabe que más llevadero: el de convertirse en madres y educadoras de nuevos vástagos arios capaces de garantizar la continuidad y el esplendor del pueblo alemán. Muchas lo hicieron de grado, se reafirmaron en su servidumbre voluntaria y colaboraron activamente con el régimen (igual que sus congéneres varones); otras no tanto, y se resistieron o, simplemente, se adaptaron al signo de los nuevos tiempos (asimismo igual que los varones). Sin embargo, el discurso en ambos casos, judíos, gitanos y otras minorías étnicas víctimas de prácticas sistemáticas de exterminio, por un lado, y mujeres, por otro, tiene una misma matriz: la apelación a la biología. Constituye un axioma de la cosmovisión nazi atribuir a la naturaleza una impronta tan indeleble que no hay orden ni relaciones sociales capaces de modificar algo que contemplaban como fruto del destino y, por tanto, inmutable. Los judíos eran inferiores y además responsables de todos los males que aquejaban a Alemania; acabar con la degeneración del país pasaba por su eliminación. Las mujeres, por su parte, eran distintas porque la naturaleza así lo ha determinado, luego se hacía necesario poner el orden social al servicio de esa naturaleza. El problema radica en la perversión de la concatenación axiomático-deductiva: si cuestionamos la desigualdad de las categorías humanas en función de su origen étnico o de su género, se derrumba el edificio.

Sin embargo, en la matriz común biologicista terminan las analogías entre el discurso y práctica de género del nacionalsocialismo y su espejo para la raza. Hay una diferencia entre ambos que no se puede pasar por alto: los judíos quedaban automáticamente excluidos de la *Volksgemeinschaft*; su código genético así se lo impedía. Es el punto cardinal de toda

doctrina racial: las características personales del ser humano vienen determinadas por su código racial. El caso de las mujeres, por el contrario, es diferente. Aquí lo que se dirimía era el rol que debían desempeñar en el seno de esa misma comunidad nacional, pero sin cuestionar nunca su pertenencia y su papel fundamental a la hora de dar a luz y criar retoños alemanes lubricados desde la cuna para ajustarse a la maquinaria racial nazi. En un movimiento que pivotaba sobre la dicotomía de inclusión y exclusión, figurar a un lado u otro del perímetro de obligación moral no era una cuestión precisamente baladí.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, MARTÍN (2010): «Estructuras retóricas de la violencia política», en: Antonio Rivera y Carlos Carnicero Herreros (eds.), *Violencia política. Historia, memoria y víctimas*. Madrid: Maia.
- ALY, GÖTZ (2011): *Warum die Deutschen? Warum die Juden?* Fráncfort del Meno: Fischer.
- ARISTÓTELES (1988): *Política*. Madrid: Gredos.
- BAIRD, JAY W. (1990): *To Die for Germany. Heroes in the Nazi Pantheon*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.
- BEHRENBECK, SABINE (1996): *Der Kult um die toten Helden. Nationalsozialistische Mythen, Riten und Symbole*. Vierow bei Greifswald: SH.
- BENZ, UTE (ed.) (1993): *Frauen im Nationalsozialismus. Dokumente und Zeugnisse*. Múnich: C.H. Beck.
- BENZ, WOLFGANG (2006): *Die 101 wichtigsten Fragen. Das Dritte Reich*. Múnich: Beck.
- BOAK, HELEN L. (1989): «“Our Last Hope”; Women’s Votes for Hitler —A Reappraisal», *German Studies Review* 12 (2): 289-310.
- BOAK, HELEN (1990): «Women in Weimar Politics», *European History Quarterly* 20: 369-399.
- BOCK, GISELA (1983): «Racism and Sexism in Nazi Germany: Motherhood, Compulsory Sterilization and the State», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 8 (3): 400-421.
- BREMME, GABRIELE (1956): *Die politische Rolle der Frau in Deutschland: Eine Untersuchung über den Einfluss der Frauen bei Wahlen und ihre Teilnahme in Partei und Parlament*. Göttingen: Vandenhoeck & Rupprecht.
- BRIDENTHAL, RENATE y CLAUDIA KOONZ (1976): «Beyond Kinder, Küche, Kirche: Weimar Women in Politics and Work», en: Berenice A. Carroll (ed.), *Liberating Women’s History*. Urbana, Ill.: University of Illinois Press.
- BRIDENTHAL, RENATE, ATINA GROSSMANN y MARION KAPLAN (1984): «Introduction: Women in Weimar and Nazi Germany», en: R. Bridenthal, A. Grossmann y M. Kaplan (eds.), *When Biology became Destiny*. Nueva York: Monthly Review Press.
- BURLEIGH, MICHAEL y WOLFGANG WIPPERMANN (1991): *The Racial State: Germany 1933-1945*. Cambridge: CUP.
- BÜTTNER, URSULA (2008): *Weimar: Die überforderte Republik 1918-1933*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- CASQUETE, JESÚS (2009a): «Emocracia, propaganda y martirio en el nacionalsocialismo», *Revista Anthropos* 224: 17-22.

- (2009b): «“Sobre tumbas, pero avanzamos”»: Horst Wessel y el troquel martirial en el nacionalsocialismo», en: Jesús Casquete y Rafael Cruz (eds.), *Políticas de la muerte*. Madrid: La Catarata.
- (2009c): «Martyr Construction and the Politics of Death in National Socialism», *Totalitarian Movements and Political Religions* 10 (3-4): 265-283.
- (2012): «La importancia de llamarse Horst: Modernización, germanidad y nombres de pila en la Alemania nazi», en: Ignacio Sánchez de la Yncera y Marta Rodríguez Fouz (eds.), *Dialécticas de la postsecularidad*. Barcelona: Anthropos.
- CZARNOWSKI, GABRIELE (1991): *Das kontrollierte Paar. Ehe- und Sexualpolitik im Nationalsozialismus*. Weinheim: Deutscher Studien Verlag.
- (1996): «“The Value of Marriage for the Volksgemeinschaft”»: Policies towards Women and Marriage under National Socialism», en: Richard Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany*. Cambridge: CUP.
- EVANS, RICHARD J. (1976): *The Feminist Movement in Germany, 1894-1933*. Londres: Sage.
- (1987): *Comrades and Sisters. Feminism, Socialism and Pacifism in Europe 1870-1945*. Nueva York: St. Martin's Press.
- FRAUENGRUPPE FASCHISMUSFORSCHUNG (ed.) (1981): *Mutterkreuz und Arbeitsbuch. Zur Geschichte der Frauen in der Weimar Republik und im Nationalsozialismus*. Fráncfort del Meno: Fischer.
- FREI, NORBERT (2009): «“Volksgemeinschaft”. Erfahrungsgeschichte und Lebenswirklichkeit der Hitler-Zeit», en: Norbert Frei, 1945 und wir. *Das Dritte Reich im Bewußtsein der Deutschen*. Múnich: dtv.
- FREVERT, UTE (1986): *Frauengeschichte. Zwischen Bürgerlicher Verbesserung und neuer Weiblichkeit*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- (2007; 5.^a ed.): «Frauen», en: Wolfgang Benz, Hermann Graml y Hermann Weiss (eds.), *Enzyklopädie des Nationalsozialismus*. Múnich: dtv.
- FRITZSCHE, PETER (2009): *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Crítica.
- FRYMAN, DANIEL (Heinrich Claß) (1912): *Wenn ich der Kaiser wär. Politische Wahrheiten und Notwendigkeiten*. Leipzig: Dietrich.
- FÜLBERTH, JOHANNES (2011): «... wird mit Brachialgewalt durchgefochten». *Bewaffnete Konflikte mit Todesfolge vor Gericht. Berlin 1929 bis 1932/1933*. Colonia: PapyRossa.
- GAILUS, MANFRED y DANIEL SIEMENS (eds.) (2011): «Hass und Begeisterung bilden Spalier». *Die politische Autobiographie von Horst Wessel*. Berlín: be.bra.
- GOEBBELS, JOSEPH (1929): *Michael. Ein deutsches Schicksal in Tagebuchblättern*. Múnich: Eher.
- (1933): «Feierliche Eröffnung der Reichskulturkammer», en Bbl. 100, 269: 880-882.
- (1934): *Signale der neuen Zeit*. Múnich: Eher.
- (2005): *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, 1923-1941* (14 vols.). Múnich: Saur.
- GOEBBELS, MAGDA (1933): *Die deutsche Mutter*. Heilbronn: Eugen Salzer.
- HAMANN, BRIGITTE (2010): «Das verbotene Buch», *Die Zeit*, 31-IV-2010.
- HEIBER, HELMUT (ed.) (1991): *Goebbels Reden 1932-1945*. Bindlach: Gondrom.
- HERBST, LUDOLF (2010): *Hitlers Charisma. Die Erfindung eines deutschen Messias*. Fráncfort del Meno: Fischer.
- HERZOG, RUDOLPH (2008): *Heil Hitler, das Schwein ist tot!* Múnich: Wilhelm Heyne.
- HITLER, ADOLF [1925/1927 (ed. 1943)]: *Mein Kampf*. Múnich: Eher.
- (1934): *Reden an die deutsche Frau. Reichsparteitag Nürnberg, 8. November 1934. I. Rede des Führers, II. Rede der Führerin der deutschen Frauen Gertrud Scholtz-Klink*. Berlín-Tempelhof: Deutsche Frauenwerk.

- (1935): *Die Reden Hitlers am Parteitag der Freiheit 1935*. Múnich: Eher.
- (1936): *Reden des Führers am Parteitag der Ehre 1936*. Múnich: Eher.
- (1937): *Discurso del Führer y Canciller Adolf Hitler ante el Reichstag el 30 de enero de 1937*. Berlín: M. Müller & Sohn K.G.
- (1938): *Reden des Führers am Parteitag der Arbeit 1937*. Múnich: Eher.
- (1992): *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen (6 vols.)*. Múnich: K.G. Saur.
- KATER, MICHAEL H. (1983): «Frauen in der NS-Bewegung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 31 (2): 202-241.
- (2004): *Hitler Youth*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- KERSHAW, IAN (2003): *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*. Barcelona: Paidós.
- (2010): «“Führerstaat”: Charisma und Gewalt», en: Hans-Ulrich Thamer (ed.), *Hitler und die Deutschen. Volksgemeinschaft und Verbrechen*. Dresden: Sandstein.
- KLAUS, MARTIN (1998): *Mädchen im 3. Reich. Der Bund Deutscher Mädels*. Colonia: PapyRossa.
- KLEE, ERNST (2010): «Euthanasie» im Dritten Reich. Die «Vernichtung lebensunwerten Lebens». Fráncfort del Meno: Fischer.
- KLINKSIEK, DOROTHEE (1982): *Die Frau im NS-Staat*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt.
- KOONZ, CLAUDIA (1976): «Nazi Women before 1933: Rebels against Emancipation», *Social Science Quarterly* 56 (4): 553-563.
- (1977): «Mothers in the Fatherland: Women in Nazi Germany», en: Renate Bridenthal y Claudia Koonz (eds.), *Becoming Visible. Women in European History*. Boston: Houghton Mifflin.
- (1987): *Mothers in the Fatherland. Women, the Family and Nazi Politics*. Nueva York: St. Martin Press.
- (2005): *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico en el Tercer Reich*. Barcelona: Paidós.
- KÜHN, LEONORE (1933): «Natürlicher Aristokratismus», en: Irmgard Reichenau (ed.), *Deutsche Frauen an Adolf Hitler*. Leipzig: Adolf Klein.
- LAUTERER, HEIDE-MARIE (2000): «“Neulinge”, “Novizen” und Berufspolitikerinnen. Parlamentarierinnen in der Weimarer Republik. Wahlrecht, Wahlbeteiligung und Wahlergebnis 1919», en: Gunther Schulz (ed.), *Frauen auf dem Weg zur Elite*. Múnich: Harald Boldt.
- LIVI, MASSIMILIANO (2005): *Gertrud Scholtz-Klink. Die Reichsfrauenführerin*. Münster: LIT.
- LUCKEY, HEIKO (2008): *Personifizierte Ideologie*. Göttingen: V & R Unipress.
- MANN, HEINRICH [1987 (1933)]: *Der Haß. Deutsche Zeitgeschichte*. Fráncfort del Meno: Fischer.
- MASCHMANN, MELITA (1979): *Fazit. Mein Weg in der Hitler-Jugend*. Múnich: dtv.
- MASON, TIM (1976a): «Women in Germany, 1925-1940: Family, Welfare and Work», *History Workshop* 1: 74-113.
- (1976b): «Women in Germany, 1925-1940: Family, Welfare and Work», *History Workshop* 2: 5-32.
- MISCH, ROCHUS (2009): *Der letzte Zeuge. Ich war Hitlers Telefonist, Kurier und Leibwächter*. Múnich: Piper.
- OERTEL, THOMAS (1988): *Horst Wessel. Untersuchung einer Legende*. Colonia: Böhlau.
- ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (2008): «Conservadurismo, catolicismo y antifeminismo: la mujer en los discursos del autoritarismo y el fascismo (1914-1936)», *Ayer* 71 (3): 53-83.
- PATEMAN, CAROLE (1995): *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos.
- PHILIPPS, SOPHIE (1933): «Die deutsche Frau in der Politik», en: Irmgard Reichenau (ed.), *Deutsche Frauen an Adolf Hitler*. Leipzig: Adolf Klein.

- PLÖCKINGER, OTHMAR (2006): *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers "Mein Kampf", 1922-1945*. Múnich: Oldenburg.
- (2010): «Hitlers "Mein Kampf". Von der "Abrechnung" zum "Buch der Deutschen"», en: Hans-Ulrich Thamer (ed.), *Hitler und die Deutschen. Volksgemeinschaft und Verbrechen*. Dresden: Sandstein.
- REICHARDT, SVEN (2002): *Faschistische Kampfbühne. Gewalt und Gemeinschaft im italienischen Squadrismus und in der deutschen SA*. Colonia-Weimar-Viena: Böhlau.
- ROSENBERG, ALFRED [1930 (ed. 1937)]: *Der Mythos des 20. Jahrhunderts*. Múnich: Hoheheichen.
- SHECK, RAFFAEL (1997): «German Conservatism and Female Political Activism in the Early Weimar Republic», *German History* 15 (1): 34-55.
- (2001): «Women on the Weimar Right: The Role of Female Politicians in the Deutschnationale Volkspartei (DNVP)», *Journal of Contemporary History* 36 (4): 547-560.
- (2004): *Mothers of the Nation. Right-Wing Women in Weimar Germany*. Oxford: Berg.
- SCHMIDT, MARUTA y GABI DIETZ (eds.) (1985): *Frauen unterm Hakenkreuz*. Múnich: dtv.
- SCHMIDT, ALEXANDER (2005): *Gelandebegehung. Das Reichsparteitagsgelände in Nürnberg*. Núremberg: Sandberg.
- SCHMIDT-BERNING, CORNELIA (2007, 2.^a ed.): *Vokabular des Nationalsozialismus*. Berlín-Nueva York: Walter de Gruyter.
- SCHOLTZ-KLINK, GERTRUD (1934): *Reden an die deutsche Frau. Reichsparteitag Nürnberg, 8. November 1934. I. Rede des Führers, II. Rede der Führerin der deutschen Frauen Gertrud Scholtz-Klink*. Berlín-Tempelhof: Deutsche Frauenwerk.
- (1935): *Den deutschen Frauen. Frauentag Reichsparteitag Nürnberg 1935*. Leipzig: Das Deutsche Frauenwerk.
- (1936): *Die Aufgabe der Frau unserer Zeit. Frauentag Reichsparteitag der Ehre, 1936*. Berlín: Das Deutsche Frauenwerk.
- (1937): *Einsatz der Frau in der Nation: Frauentag Reichsparteitag der Arbeit, 1937*. Leipzig: Das Deutsche Frauenwerk.
- (1938): *Tradition heisst nicht Stillstand sondern Verpflichtung: Frauentag Reichsparteitag Großdeutschland 1938*. Leipzig: Das Deutsche Frauenwerk.
- (1978): *Die Frau in drittem Reich*. Tübingen: Grabert.
- SIEMENS, DANIEL (2009): *Horst Wessel. Tod und Verklärung eines Nationalsozialisten*. Múnich: Siedler.
- STEINBACHER, SYBILLE (2009): «Differenz der Geschlechter? Chancen und Schranken für die "Volksgenossinnen"», en: Frank Bajohr y Michael Wildt (eds.), *Volksgemeinschaft. Neue Forschungen zur Gesellschaft des Nationalsozialismus*. Fráncfort del Meno: Fischer.
- STEPHENSON, JILL (1975): *Women in Nazi Society*. Nueva York: Barnes & Noble.
- (1981): *The Nazi Organisation of Women*. Londres: Croom Helm.
- (2001): *Women in Nazi Germany*. Londres: Pearson.
- STREICHER, JULIUS (ed.) (1934): *Reichstagung in Nürnberg 1934*. Berlín: Vaterländischer Verlag Weller.
- SÜß, DIETMAR y WINFRIED SÜß (2008): «"Volksgemeinschaft" und Vernichtungskrieg. Gesellschaft im nationalsozialistischen Deutschland», en: Dietmar Süß y Winfried Süß (eds.), *Das Dritte Reich. Eine Einführung*. Múnich: Pantheon.
- THAMER, HANS-ULRICH (1988): «Faszination und Manipulation. Die Nürnberger Reichsparteitage der NSDAP», en: Uwe Schultz (ed.), *Das Fest*. Múnich: Beck.
- URBAN, MARKUS (2007): *Die Konsensfabrik. Funktion und Wahrnehmung der NS-Reichsparteitage, 1933-1941*. Göttingen: V&R Unipress.

- VIERKANT, MAICA (2008): *Märtyrer und Mythen. Horst Wessel und Rudolf Hess*. Marburg: Tectum.
- VITKINE, ANTOINE (2011): «*Mein Kampf*»: *Historia de un libro*. Barcelona: Anagrama.
- VON SALDERN, ADELHEID (2009): «Innovative Trends in Women's and Gender Studies of the National Socialist Era», *German Studies* 27 (1): 84-112.
- WEBERSTEDT, HANS y KURT LANGNER (1935): *Gedenkhalle für die Gefallenen des Dritten Reiches*. Múnich: Eher.
- WEHLER, HANS-ULRICH (2003): *Deutsche Gesellschaftsgeschichte 1914-1949*. Múnich: C.H. Beck.
- (2009): *Der Nationalsozialismus. Bewegung, Führerherrschaft, Verbrechen*. Múnich: C.H. Beck.
- WILDT, MICHAEL (2009): «Die Ungleichheit des Volkes. ‚Volksgemeinschaft‘ in der politischen Kommunikation der Weimarer Republik», en: Frank Bajohr y Michael Wildt (eds.), *Volksgemeinschaft. Neue Forschungen zur Gesellschaft des Nationalsozialismus*. Frankfurt del Meno: Fischer.
- WILLSON, PERRY R. (1996): «Women in Fascist Italy», en: Richard Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WINKLER, DÖRTE (1977): *Frauenarbeit im "Dritten Reich"*. Hamburgo: Hoffmann und Campe.
- ZEHNPFEENNIG, BARBARA (2000): *Hitlers Mein Kampf. Eine Interpretation*. Múnich: Wilhelm Fink.
- (2011): *Adolf Hitler: Mein Kampf*. Múnich: Wilhelm Fink.

